



UN LUGAR DONDE MORIR

BURTON
HARE



El investigador privado David Curtis, viaja por la carretera camino de Tampa, cuando en las inmediaciones de Merryland City se ve sorprendido por un gran despliegue policial controlando las carreteras de acceso a la pequeña ciudad.

Después de atravesar la población y al continuar viaje hacia el sur, ve interrumpida su marcha por un control policial. Sin ningún tipo de explicaciones los agentes que lo integran revisan concienzudamente todo el coche incluyendo el maletero. Al no recibir ninguna respuesta a sus preguntas por el motivo del registro, continua su marcha, alterado por el brusco comportamiento de los policías, en busca de un motel donde pasar la noche.

A los pocos kilómetros ve una figura en el borde de la carretera que agita desesperadamente los brazos para llamar su atención. Es una hermosa muchacha, muy joven unos veinte años. La recoge en su coche y ante sus preguntas, le dice llamarse Valery, se dirige a Tampa y se encuentra en un gran apuro, que no quiere revelar, hasta que al fin angustiada rompe en sollozos.

Tras éste fortuito encuentro, el tranquilo hasta ahora, viaje de David, cambiará drásticamente. La chica es la hija del alcalde de la cercana población de Merryland, huye de la tiranía de su padre, el cual maneja una trama de corrupción junto con la policía local enredada en turbios asuntos.

Contratado, por los ciudadanos honrados de la población, el gerente del hotel y algunos comerciantes, David investigará los sucios manejos del alcalde, los policías corruptos y una sórdida secta llamada El Paraíso fundada por el Gran Maracott y dirigida por los Grandes Hermanos. Al mismo tiempo tendrá que rescatar a la bella y sensual Valery del encierro en la que se encuentra recluida por su indigno padre, que no ve con buenos ojos la rebeldía de su hija ante su deshonesto proceder.

Resumen extraído de: <http://bolsilibrosblog.blogspot.com.es/>



Burton Hare

Un lugar donde morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 857

ePub r1.0

Lds 12.12.17

Título original: *Un lugar donde morir*

Burton Hare, 1967

Cubierta: Desilo

Ilustraciones interiores: Costa y Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





BURTON HARE

**UN LUGAR
DONDE
MORIR**

SERVICIO SECRETO n.º 857

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MÉXICO

RÍO DE JANEIRO

DAVID
CURTIS

VALERY
LALIGHLIN



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La carretera discurría paralela a la costa. A la triste luz del atardecer se divisaba un paisaje semitropical, que se adentraba hacia tierra hasta el infinito, durante millas y millas de planicies y montes suaves, de un verde oscuro poblado de sombras.

Estaba cansado de manejar el volante tantas horas seguidas. Además, pensé que tampoco podría llegar a Tampa a menos de seguir conduciendo durante toda la noche, y eso no entraba en mis cálculos, de manera que decidí hacer un alto en el primer «motel» que me saliera al paso, para reanudar la marcha a la mañana siguiente. A fin de cuenta, no me esperaba ningún trabajo urgente en Tampa.

Había poca circulación por aquel tramo de carretera, quizá por eso advertí de repente la proliferación de coches-patrulla, motos policíacas y patrulleros de todas clases. No era normal, pero como no parecían interesarse por mí, seguí adelante preguntándome qué demonios había ocurrido para todo aquel despliegue de fuerzas policíacas.

Ante mí aparecieron las luces de una población. Debía ser Merryland City, según mis cálculos. A medida que me acercaba a la pequeña ciudad, advertí que las precauciones policíacas eran más extremadas. Temí que incluso me detuvieran, pero no ocurrió nada de eso. No obstante, la vista de tantos uniformes y vehículos oficiales me obligó a cambiar de idea y no detenerme a pasar la noche allí, así que atravesé la población y continué conduciendo hacia el sur, con la esperanza de que surgiera un parador donde descansar el resto de la noche.

Al sur de la ciudad seguían las precauciones. Durante tres o cuatro millas tropecé con patrulleros a cada paso, y, finalmente, una

barrera alumbrada por unos focos me obligó a parar en el momento en que daban paso a un auto que me precedía.

Un sargento de uniforme se acercó, llevándose descuidadamente la mano a la gorra. Detrás del sargento, dos patrulleros se desplazaron colocándose a ambos lados de mi auto.

—¿Qué pasa, sargento? —preguté.

—¿Viaja usted solo?

—Usted mismo puede verlo.

—Apéese.

No me gustó la manera de ordenarlo. Alguien debiera haberles enseñado modales alguna vez.

Pero no tenía caso resistirse, así que salté del coche, refunfuñando.

No perdieron tiempo. Lo registraron alumbrándose con potentes linternas eléctricas. Se convencieron de que no había nadie agazapado en el compartimiento trasero, y entonces el sargento ordenó, alargando la mano:

—Deme las llaves. Echaremos un vistazo al portaequipajes.

—Pero ¿qué demonios están buscando, contrabando?

—¡Cállese!

—*Okey*, pero he visto polizontes mejor educados *que usted...*

Le entregué las llaves. Abrieron el baúl trasero, soltaron un gruñido de asentimiento y me las devolvieron.

—Puede seguir —dijo el sargento—. Y no haga preguntas ni comentarios molestos. Tenemos unas celdas muy poco confortables en la ciudad.

Dudé entre decirle unas cuantas verdades fundamentales o largarme sin más discusiones. Luego pensé que la policía rural, en según qué lugares, puede ser tan desagradable como la peste, y opté por sentarme ante el volante y continuar carretera adelante.

Afortunadamente, después de aquel puesto de control ya no encontré más impedimentos durante cuatro o cinco millas más. No obstante, la brusca y descortés actuación de los policías me había alterado.

Entonces apareció la figura en medio de la carretera agitando los brazos. Frené instintivamente. Era una muchacha y no tenía consigo equipaje alguno.

Detuve el coche y ella se acercó corriendo.

—Por favor —suplicó—. ¿Puede llevarme?

—No voy muy lejos... busco un parador donde pasar la noche.

—Lo encontrará a cosa de diez millas... ¿Le importa llevarme hasta allá? Quizá pueda encontrar otro automovilista que siga hacia el sur.

—Está bien, suba...

Rodeó el auto y se instaló a mi lado. Entonces pude contemplarla con detalle y mi pulso se alteró de manera alarmante.

Tendría veinte años como máximo, pero su cuerpo había alcanzado un desarrollo espectacular, perfecto y llamativo. Sólo su cara conservaba una dulce expresión aniñada, infantil. No obstante, sus grandes ojos azules tenían una mirada cansada, como si ya hubiera visto todo lo que hay de desagradable en este perro mundo.

—¿A dónde se dirige? —le espeté repentinamente.

—A... a Tampa.

—¿Tiene amigos en Tampa?

—No... bueno, algunos...

La miré con más atención. Sorprendí sus grandes ojos fijos en mí, y creí percibir en ellos un brillo de lágrimas, o tal vez miedo...

—Me llamo David Curtis —dije para forzarla a darme su nombre—. Yo resido en Tampa. Si puedo ayudaría, una vez allí, lo haré con mucho gusto.

—No... no necesito ayuda.

—¿Cómo puedo llamarla mientras dure el viaje?

—Valery. Eso es suficiente.

—Valery... es un nombre sugestivo...

Entonces ocultó la cara entre las manos y rompió a llorar desconsoladamente. Durante unos instantes no acerté a pronunciar palabra. Luego indagué:

—¿Qué es lo que anda mal, pequeña?

Sacudí la cabeza sin replicar y siguió sollozando.

—Bueno, bueno, las lágrimas nunca han solucionado nada, ¿sabe? Dígame qué le sucede y veré si puedo...

—Usted no puede hacer nada, sólo llevarme lejos de aquí —balbuceó entre lloriqueos—. Solo eso.

—Está bien, es lo que estoy haciendo, pero quizá haya algo más que yo esté en situación de hacer por usted. Mi trabajo es sacar a la gente de apuros, ¿comprende?

—No puede usted ayudarme —insistió—. Nadie puede ayudarme...

Traté de verle el rostro, pero seguía ocultándolo con las manos. Sus hombros, que el gran escote dejaba al descubierto, se agitaban con los sollozos. Tenía una piel suave y nacarada, y me entretuve más de la cuenta admirándola.

Justo en aquel instante se me acudió la idea de que quizá todo aquel despliegue de polizontes estuviera organizado a causa de la chiquilla que viajaba a mi lado. ¿Por qué, si no, mostraba ella tamaño desespero, tanto miedo a algo inexplicable?

Me estremecí, pero continué conduciendo sin pronunciar palabra durante un rato. Cuando la muchacha comenzó a calmarse, susurró:

—Yo... lo siento... no he debido dejarme llevar por el llanto...

—Llore todo cuanto quiera, pero cuénteme sus apuros, ¿quiere? Ninguna situación es lo bastante mala que no tenga solución...

—La mía, sí.

—¿Por qué?

—No lo entendería...

—Escuche, soy un tipo comprensivo, usted sabe... Acostumbro a escuchar historias tan retorcidas como un sacacorchos y ni siquiera pestañeo. Todo lo que hago es ponerles remedio, si puedo. Es mi trabajo... Ahora estoy libre, y quizá pueda aconsejarla —la miré y añadí—. Y no le cobraré nada por eso.

Me miró cara a cara por primera vez. Me pareció captar un brillo de esperanza en sus hermosos ojos, pero todavía dudaba entre confiarse a mí o seguir guardándose sus penas.

—Si eso fuera cierto... —suspiró con amargura.

—Pruebe.

Da nuevo guardó silencio. Estábamos coronando un leve altozano y al iniciar el descenso aparecieron a cosa de una milla, en el llano, las brillantes luces de un parador. Casi lamenté que el viaje, por aquella noche, terminase allí.

En aquel instante noté cómo ella se enderezaba, dejando escapar una exclamación.

—¿Qué pasa, nena? —indagué.

—Nos siguen... ¡Dios mío, debí suponerlo...!

Eché un vistazo al retrovisor. En efecto, en él unos faros estaban ganando terreno con rapidez. No obstante, dije:

—¿Por qué demonios tendría alguien que seguimos?

—¿No comprende? Me persiguen...

—¿Quiénes?

Tras un titubeo, susurró:

—La policía de Merryland...

Pegué un respingo. De manera que yo había acertado en mi suposición, y todo aquel despliegue de fuerza obedecía a que perseguían a la chiquilla que estaba a mi lado, temblando y con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Otra mirada al espejito me mostró al coche perseguidor casi encima de mí. No utilizaban la sirena, cosa que me extrañó. O quizá no vinieran pisándonos los talones, después de todo. Tal vez fuera un pacífico matrimonio que regresaban a su granja...

—¡Corra, por Dios... corra! —suplicó con angustia.

—Si son patrulleros, no podríamos escapar. Y si no lo son, no hay ninguna necesidad de alarmar a toda la carretera con una carrera suicida.

En aquel instante, las luces que nos seguían parpadearon pidiéndonos paso. No pude contener un suspiro de alivio.

—¿Se da cuenta, pequeña? No son «polizontes»... sólo nos piden que les dejemos pasar.

Disminuí un poco la velocidad, arrimándome a mi derecha. El coche que nos seguía maniobró para adelantarnos y de repente su largo morro asomó al lado de mi ventanilla. Me enderecé de golpe y casi perdí el control del mío, porque aquél era un auto-patrulla.

Nos pasó como una flecha, pero sus frenos chillaron al colocarse delante de mi coche, cerrándome el paso con una habilidad fruto de un largo entrenamiento. No pude hacer nada para escapar, sólo dejarme cazar como una liebre o estrellarme contra el patrullero, cosa que no estaba en mis cálculos.

Apenas había apagado el motor cuando las portezuelas del coche policíaco se abrieron y dos agentes de uniforme saltaron a la carretera. Un tercero quedóse ante el volante, atendiendo al mismo tiempo el receptor del radioteléfono.

Maldije entre dientes. Estaba viéndoles acercarse, cuando la portezuela de mi propio auto se abrió con un chasquido y la muchacha salió disparada, corriendo como una gacela asustada.

Uno de los guardias gritó:

—¡Allí está!

—¡Vamos Bill, que no escape!

Los dos se lanzaron en persecución de Valery como si tuvieran ante sí al más peligroso criminal del país. Comenzó a disgustarme todo aquello. Salí del auto y me acerqué al patrullero.

—Oiga, ¿qué infiernos significa todo esto? —le espeté.

—Tranquilo, forastero. No se mueva de aquí, y todo irá bien.

—¡Y un demonio! ¿Qué ha hecho esa chica?

—No haga preguntas idiotas. Imagino que la ha recogido usted en la carretera, ¿eh?

—Seguro, pero...

—Entonces todo está bien. Aguarde un poco, cierre el pico y podrá continuar su viaje sin que nadie le abolle la fachada...

—¿Qué clase de «polizontes» son ustedes? Por muchos distintivos de opereta que lleven, y a pesar de sus revólveres de vaquero, existen unas leyes que no pueden saltarse a la torera.

—No diga tonterías...

Escuché un forcejeo a mis espaldas y me volví en redondo. Los otros dos guardias habían conseguido dar alcance a la muchacha y la traían casi a rastras. Ella se debatía entre sus manazas como un pajarillo cazado en una trampa.

Se detuvieron frente a mí. Ella dejó de debatirse y sollozó:

—¡No deje que me lleven!

—Cállese, linda —gruñó uno de los «polizontes». Ya ha armado demasiado alboroto. Usted —añadió, dirigiéndose a mí—. ¿Cuál es su nombre?

En lugar de responder, retruqué:

—Están ustedes obrando con arbitrariedad en este caso. No pueden hacer eso con una chiquilla y...

—¡Cállese!

—¡Qué demonios cállese ni nada semejante! Tengo mis derechos, y esa chica, los suyos. No pueden detenerla, sin más.

—¿Detenerla? —rió el corpulento policía—. ¿De qué está hablando, idiota?

El que seguía ante el volante gruñó:

—La ha recogido en la carretera. Imagino que se ha encaprichado de ella, ¿eh?

Giré en redondo. Mi mano salió disparada y le sujetó por la

guerrera, zarandeándolo como a un muñeco.

—¡Otro comentario imbécil como éste, y le saltaré la dentadura con todo su uniforme! —estallé—. ¿Creen que no conozco a los de su clase?

Pero no los conocía. Por lo menos, no lo suficiente. Escuché el grito de la muchacha y casi al mismo tiempo algo terriblemente sólido se aplastó contra mi nuca. Fue como una explosión, un estallido de llamas en el cerebro, y millares de lucecillas girando dentro de mis ojos. Luego, otro porrazo demoledor apagó las luces, el dolor y la conciencia, y todo terminó entre un mar de negrura, al que me sumergí igual que muerto.

CAPÍTULO II

Salir de un pozo de negrura producido por un buen par de porrazos no es nada agradable. Le invaden a uno todos los dolores del infierno, las náuseas le asaltan haciéndole retorcerse en una agonía interminable, y todo lo que se desea es volver a hundirse en la oscuridad para siempre jamás.

Eso me sucedió cuando abrí los ojos aquella noche, contemplé un firmamento radiante de estrellas, una sucia niebla que trataba de impedirme aquella visión y las sombras de los árboles meciéndose a impulsos de la suave y cálida brisa del mar.

Me arrastré para librarme de las náuseas. Luego, con esfuerzos que me agotaron, logré sentarme sobre el césped que bordeaba la pista y respiré con anhelo.

Poco a poco, regresé a este mundo, y mi mente empezó a trabajar con lucidez. Recordé, lo sucedido con mi pasajera y algo comenzó a agitarse en mi sangre. Descubrí que alguien había maniobrado con mi coche hasta dejarlo fuera de la carretera, para que no estorbara. Los «polizontes», seguramente. Lo habían colocado en la misma dirección que llevaba cuando me cazaron, con el morro apuntando hacia el sur.

Bueno, eso había sido un exceso de optimismo por su parte. Alguien tenía que pagar el tremendo chichón que adornaba mi nuca, y los latigazos de dolor que me sacudían a cada movimiento... y, ¿por qué no decirlo? También el brutal trato a que habían sometido a mi joven, linda y sugestiva pasajera ocasional.

Así fue como decidí volver atrás, hasta Merryland City o cómo diablos se llamase aquel inmundo pueblo.

Con las piernas poco seguras todavía, me encaminé al coche, derrumbándome ante el volante. Encendí un cigarrillo para

quitarme el mal sabor de boca. Luego recordé que llevaba una botella en la guantera y eché un largo trago. El *whisky* me devolvió al mundo de los vivos con todas las consecuencias. Encendí el motor, giré en medio de la carretera y aceleré rumbo a la pequeña ciudad cuya policía había realizado una completa demostración de «cómo no debe comportarse un polizonte»... y lo habían hecho a mi costa. Seguro, alguien tenía que pagar por todo ello.

En todo el trayecto hasta Merryland, no tropecé con un solo patrullero, ni un motorista. Todo estaba tranquilo. Habían capturado a su presa, y ya no importaba patrullar para seguridad de los viajeros. ¡Qué tipos!

El pueblo estaba tranquilo, aunque llamarle pueblo tal vez habría levantado ampollas a sus ciudadanos, de haberme oído, ya que el cartel a la entrada pregonaba que Merryland City contaba con doscientos diez mil habitantes.

Había un hotel en la calle principal. Detuve el coche y entré.

El soñoliento conserje pestañeó, como si ver un viajero fuera algo insólito por aquellas latitudes.

—Una habitación cómoda —pedí—. Con baño.

—¿Va a quedarse mucho tiempo, señor?

—No lo sé. Quizá un par de días, o tal vez un mes. Depende.

—Comprendo. Firme aquí, por favor.

Me pregunté qué demonios era lo que había comprendido, pero rellené la hoja de registro con mi verdadero nombre y dirección de Tampa. En el apartado correspondiente a la profesión, escribí:

Investigador privado.

Imaginé que si la policía echaba un vistazo a la hoja, eso les daría materia suficiente para pensar un buen rato.

La habitación era todo lo cómoda que cabía esperar, el baño estaba limpio y el botones se conformó con medio dólar de propina. No podía pedir más.

Me obsiqué con una ducha caliente y fría y luego me acosté con un dolor de cabeza mayúsculo.

El maldito dolor todavía persistía cuando me levanté a la mañana siguiente. Otra ducha y un trago me dejaron en condiciones de enfrentarme con una manada de elefantes vestidos de uniforme.

Ese alentador pensamiento me acompañó al abandonar la habitación y bajar al vestíbulo.

Había otro empleado detrás del mostrador. Me saludó con cierta cortesía, de manera que me detuve para encender un cigarrillo y aproveché para preguntarle:

—¿Qué pasó anoche en la ciudad, amigo? Cuando vine aquí tropecé con todas las fuerzas policíacas en pie de guerra.

Su cortesía se esfumó instantáneamente.

—No sé una palabra, señor —aseguró—. Nadie me ha hablado de que sucediera nada anormal...

—Eso debe ser debido a que la gente de por aquí duerme profundamente... al anochecer, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—Es posible —refunfuñó—. Pero yo no vi nada anormal... ni oí absolutamente nada.

Le miré fijo, y no resistió el escrutinio. Sus ojos rehuyeron los míos.

—Ya veo —dije—. Están bien amaestrados, por lo que puedo comprender.

Alguien dijo a mi espalda:

—Es una actitud de lo más cuerda, se lo aseguro...

Giré en redondo. Me encontré ante un tipo de unos cuarenta años, bien vestido y pulcramente afeitado. Su cara de facciones acusadas revelaba cierta firmeza, que los ojos trataban de desmentir con una especie de velado humorismo.

—¿Cuerda, o conveniente? —le espeté.

Rió sin ganas.

—Las dos cosas. Me llamo Learoyd, señor Curtis. Soy el gerente del hotel, por si puedo hacer algo por usted.

—Temo que no... debido precisamente a esa actitud «cuerda y conveniente».

Hábilmente, maniobró para apartarme del mostrador de recepción.

—Quizá acepte un trago por mi cuenta, aunque sólo sea para compensar esas dos cualidades que tanto parecen disgustarle...

Me llevó al bar y, sin pedir mi consentimiento, solicitó dos *whiskies*. Era el segundo trago en ayunas, y comencé a preocuparme, pero no protesté porque la actitud del tipo me intrigaba.

El esperó a que nos hubieran servido las bebidas, antes de dejar oír de nuevo su voz:

—Le preguntaba usted al empleado la razón del despliegue de fuerzas policíacas, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Me detuvieron varias veces en la carretera. Parece ser que buscaban a alguien muy peligroso.

Sonrió, esta vez con ganas.

—Ésta es una comunidad bastante cerrada, usted sabe... las noticias vuelan, pero no se divulgan, si usted entiende lo que quiero decir.

—Lo entiendo.

—Ajá... Bueno, sólo para satisfacer su curiosidad, le diré que no andaban a la caza de ningún criminal peligroso.

—¿No?

Bebió un sorbo, lo paladeó antes de engullirlo y sólo cuando estuvo satisfecho del sabor, comentó:

—Es usted un detective de Tampa, ¿no es eso lo que anotó en el registro?

—Ni más ni menos.

—Y está usted de paso, supongo...

—Digámoslo así.

—Bien, me pregunto si existe por su parte algún interés particular en los sucesos de anoche.

Cada vez me interesaba más el hombre.

—Está usted dando rodeos y más rodeos para eludir la cuestión fundamental —dije—. ¿A quién perseguían?

—A una mujer, pero eso no es lo que me intriga...

—A mí, sí. ¿Por qué la perseguían?

—¿Por qué no cesa de hacer preguntas, aunque sólo sea por unos minutos, y me deja a mí la iniciativa?

—*Okey*, adelante...

—En primer lugar, y como ya le he dicho antes, ésta es una comunidad cerrada, en la que la mayoría se ha acostumbrado a contemplar con indiferencia ciertos manejos poco limpios...

—Eso no es noticia —le interrumpí—. La gente tiene tendencia a convertirse en un rebaño de corderos. Incluso se dejan llevar al matadero, a veces, sin una protesta. ¿Quiere decirme que hay una minoría que maneja el coto y llena sus bolsillos a cuenta de la

comunidad?

—Bien, no quería expresarlo de esa manera, pero es algo bastante aproximado a la realidad, aunque con ciertos matices.

—Ya veo. Y presumo que usted no está muy conforme con semejante estado de cosas, a juzgar por la manera como habla.

—Puede decirlo así, y se queda corto. Naturalmente, eso no pasa de ser un sentimiento mío. Nunca lo expondré públicamente, usted sabe... Mi establecimiento es lo único que tengo.

—Ajá. ¿Protección acaso?

Sacudid la cabeza de un lado a otro.

—No lo entiende. Aquí no hay *gangsters*, ni pistoleros ni bandas organizadas. Puedo asegurarle que si hay una ciudad limpia de maleantes vulgares, es Merryland.

—De manera que los maleantes locales no son vulgares, ¿eh?

—Ahora empieza a comprender.

—Lo que no acierto a comprender, por mucho que lo intento, es la razón por la cual perseguían a una mujer con tanto ensañamiento.

—Ella se llama Valery Laughlin.

—¿Y qué, con eso?

—Richard Laughlin es el alcalde de la ciudad.

Esta vez, la noticia me dejó boquiabierto. No acertaba a comprender por qué la policía empleaba tanta saña en cazar a la hija del mismísimo alcalde de Merryland.

—Dígame algo más —pedí, desconcertado—. ¿Qué ha hecho la chica?

Sacudió la cabeza.

—Nada. Tan sólo quiso sacudirse la tiranía de su padre, eso es todo. Lo había intentado otras veces, pero jamás llegó tan lejos como parece ser que logró anoche... Es una gran chica, usted sabe...

—De manera que así es cómo se manejan los asuntos de la comunidad. No me sorprende que los «polizontes» sean tan zafios y brutales... no creo que ninguna persona decente quiera vestir el uniforme, en estas condiciones.

Me miró y le tocó a él sorprenderse.

—¿Qué sabe usted de eso, amigo?

—Más de lo que imagina. Tuve un encuentro con los chicos de

uniforme anoche...

Suspiró y, de repente, pareció recordar que todavía le quedaba *whisky* en el vaso. Bebimos y, tras saborearlo como de costumbre, Learoyd murmuró:

—Presiento que va a tener usted más dificultades de las que podía presumir... Esta mañana, la policía ha inspeccionado el libro registro. Se han fijado particularmente en la anotación de usted.

—¿Y qué? Es una práctica común.

—Hay algo más... han querido ver la clase de coche que trajo usted también.

Le di la razón. Iba a verme en dificultades, tan pronto se dieran cuenta de que mi coche era el mismo con el cual la muchacha había tratado de escapar.

—Veremos qué sucede —dije—. Por el momento, me limitaré a esperar. Empezaré por dar una vuelta por Merryland, sólo para familiarizarme con el ambiente.

—Y eso, ¿con qué objeto?

—Bien... alguien tiene una deuda pendiente conmigo. Pienso cobrármela antes de proseguir mi viaje.

Sacudió la cabeza, dubitativo. Entonces miró por encima de mi hombro y se puso rígido. Sin mover los labios, susurró:

—Cuidado, ahí llegan...

No me moví. Apuré el resto de mi vaso y estaba depositándolo sobre el mostrador cuando los dos hombres se detuvieron a mi lado.

—Usted es David Curtis, ¿no es cierto?

Miré al que hablaba. Los dos vestían de paisano, pero llevaban su profesión escrita en sus caras inexpresivas.

—Ajá, acaban de hacer un brillante descubrimiento. Llevo ese nombre desde hace exactamente treinta años.

—Hemos tropezado con un gracioso... Bien, será mejor dejarnos de rodeos.

Me restregaron sus chapas por las narices. Simulé un genuino asombro.

—¡Policías! —exclamé—. ¿Qué pasa con ustedes? Sólo estoy aquí de paso.

—Eso lo contará usted al capitán. Quiere verle, y no le gusta esperar, así que, andando, tenemos el coche en la puerta.

Salté del taburete. Learoyd no despegó los labios, pero me miró,

visiblemente preocupado. Yo dije:

—Son ustedes muy amables... Supongo que volverán a traerme aquí, después, ¿eh?

Me agarraron del brazo y, a empujones, me sacaron del bar. Así empezó mi segundo contacto con los «polizontes» de Merryland City...

CAPÍTULO III

—De manera que un detective privado... Unas de esas lumbreras que en la televisión dan lecciones a los pobres y zafios policías...

Hice una mueca, antes de murmurar:

—A los pobres, no, pero sí a los zafios. Me he convencido en las últimas horas.

El capitán Belling arrugó el entrecejo.

—Me pregunto si trata de hacer un chiste a mi costa —gruñó—. Me disgustan los tipos graciosos.

—Seguro, no tiene usted sentido del humor. Y ahora que ha demostrado que es el mandamás, ¿por qué no empieza por decirme lo que lleva en el buche? No me ha hecho venir aquí solo para divertirse.

—Usted tuvo un encuentro con mis hombres, anoche. Lo hemos comprobado con la matrícula de *su* coche.

—Sería más exacto decir que mi occipucio tuvo un encuentro con el *rompecabezas* de uno de sus hombres.

—Otro comentario semejante, y le echaré por la ventana, Curtis. Usted intentó obstruir la acción de la ley.

—¡No me diga!

—Y luego, en lugar de proseguir su viaje hacia el sur, dio media vuelta y vino aquí. Todo lo que yo quiero saber es por qué cambió de idea.

—Tal vez me interesó conocer la política local.

Ese comentario le gustó menos que los otros todavía. Su rostro, ya de por sí congestionado y rojizo, adquirió un tono púrpura subido. Creo que incluso se le erizó el pelo.

—Le he advertido, Curtis... Quiero respuestas, no comentarios. ¿Por qué volvió?

—Bueno, jamás me ha gustado ser aporreado, sin conocer las causas.

—Eso no es una respuesta.

Me encogí de hombros.

—No hay otra. Y ahora déjeme decirle algo, capitán; sé cuáles son mis derechos y atribuciones. No pueden ustedes atropellarme, por muy bien organizado que tengan el cotarro aquí, de manera que le aconsejo que dejen de molestarme o haré llegar mi voz hasta los más altos círculos del Estado. Entonces, quizá ustedes decidan ser un poco más correctos con los forasteros. ¿Está esto lo bastante claro?

Se levantó poco a poco.

—Odio los tipos como usted —silabeó rabiosamente—. Entrometidos, siempre dispuestos a sacar tajada de cualquier situación, embrollones, embusteros, perjuros... hijos de perra. Le doy hasta el anochecer para salir de la ciudad, ni más ni menos. A partir de las ocho de la noche, si sigue usted aquí, ordenaré que le corran como a un perro rabioso. Eso es todo. ¡Fuera!

Estaba inclinado sobre la mesa, echando espuma por la boca. Me levanté y le sonreí cortésmente.

—Ha sido usted muy amable avisándome, capitán... porque ahora estaré prevenido. Tengo una licencia estatal en el bolsillo, y una autorización para llevar armas. Y usarlas. Las usaré, si me acorralan.

Giré sobre mis talones y abandoné su despacho sin que él hubiera atinado a replicar. Tuve la seguridad de que quedaba mucho más preocupado que antes de su entrevista conmigo.

Comencé a pensar en la conveniencia de ponerme en contacto con algunos amigos de Tampa, aunque sólo fuera para cubrirme, en caso de que las cosas se pusieran demasiado tirantes. Pero luego pensé que era prematuro sembrar la alarma, y regresé al hotel andando sin prisas.

Por lo menos, ya sabía a ciencia cierta a qué atenerme respecto a la policía local. Había oído contar infinidad de historias relacionadas con esas comunidades manejadas por un grupo político, respaldado por una policía corrompida, acomodaticia y brutal, pero era la primera vez que tropezaba personalmente con la experiencia.

Y no me gustaba.

En el hotel, tomé una guía telefónica y busqué el número privado de Richard Laughlin. Lo anoté, me encerré en la cabina telefónica y marqué el número.

A la tercera llamada respondió una voz de hombre, seca y rotunda.

—Residencia Laughlin —gruñó—. ¿Quién habla?

—Deseo hablar con Valery. Tengo un encargo urgente para ella.

—Lo lamento... ¿quién es usted?

—La misma pregunta podría hacerle yo. ¿Dónde está Valery? Es urgente que le de el encargo.

—¿Qué clase de encargo?

—Personal, y usted no es Valery. ¡Llámla de una vez, estúpido!

—Escuche, tómelo con calma y...

Colgué de golpe al asaltarme la idea de que estaban intentando localizar la llamada. Presumiblemente, el hombre de la voz ruda debía ser uno de los guardaespaldas del alcalde, custodio de su residencia... y tal vez carcelero de la muchacha.

Pensativo, volví a abrir la guía telefónica y esta vez anoté las señas de la residencia de los Laughlin. Al mismo tiempo, me pregunté si viviría la señora Laughlin o el alcalde sería viudo.

Me pregunté muchas más cosas, pero no encontré respuesta a ninguna de ellas.

Introduje la llave en la cerradura de mi habitación, abrí y entré cerrando a mis espaldas. El gerente del hotel se levantó cachazudamente de una butaca y me sonrió.

—Estaba esperándole —dijo por toda explicación.

—¿En mi habitación?

—Seguro. Aquí no es fácil que nadie pueda oírnos ni ver que conversamos.

Eché una mirada a mi alrededor. No parecía que mi equipaje hubiera sido registrado. Me intrigaba cada vez más el hombre, pero me esforcé por no demostrarlo.

—Ahora —refunfuñé—, dígame por qué le interesa conversar conmigo en secreto..., pero trate de que sea una historia divertida.

—Tengo la esperanza de que la encuentre más divertida de lo que imagina. Para empezar; ¿cómo ha resultado su entrevista con el todopoderoso capitán Bellings?

—Catastrófica.

—Cuénteme.

—Me ha dado de tiempo hasta las ocho de la noche para abandonar la ciudad.

—Ya veo... es su sistema, atemorizar a todo el mundo... generalmente le da resultado.

—Toda regla tiene su excepción —dije con sorna.

—¿Quiere dar a entender que usted no piensa marcharse a esa hora, desafiando las órdenes de Belling?

—Exactamente.

—Supongo que sabe a lo que se expone.

Asentí con un gesto. Luego añadí:

—Soy un tipo testarudo, usted sabe... Y me molesta que nadie trate de obligarme a hacer algo determinado. No puedo soportar que se impongan sobre mí... ni los «polizontes». Me quedo.

—Ajá, eso esperaba oírle decir.

—¿Por qué razón?

—Porque tengo una proposición que hacerle. Le diré, de paso, que, durante su ausencia, he hecho algunas averiguaciones por mi cuenta. Usted es el hombre que llevaba a Valery Laughlin en su coche cuando la policía les dio alcance.

—No lo niego, pero tampoco comprendo qué significa esto para usted.

—Significa que, hasta este momento, usted es el primer hombre capaz de desafiar a Belling, de cuantos he conocido. Sé que puedo confiar en usted.

—¿Y...?

—Le propongo un negocio, Curtis.

—Ése es un lenguaje cuerdo. Siga.

—Usted es detective privado. Tiene una licencia, armas, y hasta cierto punto, autoridad. Inicie una investigación en esta ciudad, trate de encontrar cualquier prueba, por débil que sea, que nos permita presentar una queja al gobernador del Estado para que intervenga, y acabar así con la corrupción y la indignidad reinante aquí. No podemos pedirle al gobernador que mande sus investigadores sin una prueba fehaciente de que estamos en manos de una camarilla sin escrúpulos. Aparentemente, todo marcha bien, todo es legal, y hasta los asuntos del *Paraíso* están dentro de la Ley,

así que necesitamos algo sólido en qué apoyar una denuncia...

—Un momento —le atajé—. ¿Qué gano con todo esto?

—Sus honorarios acostumbrados, más cinco mil dólares, si consigue usted una sola prueba del carácter de las que le he indicado.

—Mis honorarios, en un caso del que puedo salir descalabrado, ascienden a cien dólares diarios, más gastos, manutención y alojamiento.

Sonrió torcidamente.

—Conforme —dijo.

Parpadeé.

—¿Acepta estas condiciones? —puntalicé.

—Sin discutirse las.

—¿Y quién va a pagarme los cinco mil y todo lo demás, usted?

—Hay algunos comerciantes que piensan igual que yo. Estarían dispuestos a compartir los gastos de un asunto como éste... El dinero sería aportado por todos, a partes iguales.

—Ya veo...

—He de advertirle algo todavía, Curtis... no me gusta jugar con ventaja. Es lo siguiente: Si las cosas se ponen mal para usted, no podrá contar conmigo ni con ninguno de mis amigos. No moveremos un dedo en su favor, sencillamente, porque sería tanto como firmar nuestra ruina. Deberá contar, única y exclusivamente con usted mismo.

—Ha hablado usted muy claramente, Learoyd, y se lo agradezco. Acepto el compromiso.

Suspiró, evidentemente aliviado. Luego murmuró:

—Le deseo mucha suerte, amigo.

Levantándose, pareció dar por terminada la charla. No obstante, había muchas más cosas que yo quería saber.

—No tan deprisa —le atajé—. Antes ha mencionado usted cierto *Paraíso*, ¿qué es, un *cabaret*?

Por primera vez, logré sorprenderle.

—¿Un *cabaret*? —exclamó—. No, naturalmente que no. ¿Es posible que no haya oído usted hablar nunca del *Paraíso*?

Sacudí la cabeza negativamente. Sacó un paquete de cigarrillos, encendimos los dos y entonces explicó:

—El *Paraíso* es una especie de colonia religiosa. Una secta que se

formó hace unos cinco años, y desde entonces no ha cesado de atrapar incautos... aunque ellos les llaman *adeptos*.

—¿Y qué tiene que ver con el asunto que me ha propuesto?

—Directamente nada, sólo que esa gente del *Paraíso* están, apoderándose de la ciudad solapadamente.

—¿Cuál es su sistema?

—No me lo pregunte. Adquieren propiedades a un ritmo vertiginoso, sin importarles la clase de inversión que eso representa. Cafeterías, edificios de oficinas, cines, uno de los dos *cabarets* con que contamos... y, naturalmente, casas de renta, colmenas de apartamentos que rinden una fortuna todos los meses.

—¿Cómo sabe usted que son ellos quienes compran?

—Es sólo un rumor, usted entiende..., pero muy bien cimentado. No me cabe duda que es cierto. Esos chiflados se dejan gobernar por los *Grandes Hermanos*, una especie de sumos sacerdotes. Ésos deben ser los *que* administran los fondos.

—Dígame... ¿cuánta gente habita ese *Paraíso* de pacotilla?

—Hay más de mil personas en la colina, entre hombres y mujeres.

—Eso es mucha gente para que puedan vivir aislados...

—Usted no ha visto su propiedad. Cabría todo un batallón, con sus pertrechos de guerra. Poseen toda la colina, desde la base a la cumbre. En ella hay los edificios donde viven los *adeptos* normales, otro más pequeño para los *Grandes Hermanos*, el de oficina y, naturalmente, su extraño templo. En él habita su fundador, el *Gran Maracott*. Genio, profeta, asceta, adivino... y payaso, si se me permite mi opinión. Murió hace tres años.

Enarqué las cejas.

—De manera que murió esa lumbrera fanática...

Pero, según he creído entender, usted ha dicho que «habita» en el extraño templo...

—Eso dicen. Está en el templo, en un sepulcro de piedra que puede ser visitado una o dos veces al año. Tiene una cubierta de cristal, y allí está el viejo chivo, perfectamente conservado. Ellos creen que una vez al año sale del sarcófago... y se les aparece. Eso les reafirma en su estupidez, convirtiéndolos en peligrosos fanáticos.

—No me diga... Y, entre tanto, los *Grandes Hermanos* hacen el

gran negocio por su cuenta y riesgo. Muy bien, pero ¿de dónde sacan los fondos?

—Eso es algo que yo no puedo decirle porque lo ignoro. Pero tengo la idea de que obligan a los nuevos adeptos a desprenderse de todos sus bienes en favor del *Paraíso*, el cual los mantiene durante el resto de su vida a cambio... alimentándoles al mismo tiempo su retorcido fanatismo.

—¿Y cree que hay materia para investigar nosotros en ese lugar?

—Yo no he dicho eso, Curtis. Le he contado lo del *Paraíso* porque ha salido a colación, y porque es una paradoja que puedan hacer todo lo que están haciendo con total impunidad.

—Quizá reparten parte de sus ingresos entre las altas esferas.

—Tal vez, pero debe ser mucho dinero. Son prácticamente inabordables. Nadie puede molestarles, sin salir malparado... lo cual es una advertencia para usted, de paso.

—Comprendo. Vamos a dejar el *Paraíso*, de momento, y concentrarnos en asuntos más tangibles. Por ejemplo; ¿conoce usted la residencia del alcalde?

—Naturalmente. Es una gran propiedad, al norte de la ciudad, con espléndidos jardines, piscina y cuantas comodidades pueda usted imaginar.

—¿Y guardianes?

Entrecerró los ojos.

—Naturalmente que hay guardianes, la escolta del alcalde.

—¿Son policías también?

—No visten de uniforme.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Bien, oficialmente son policías, naturalmente. Pero, en la práctica, tienen mucho de guardaespaldas y poco de representantes de la ley.

—Ya veo... ¿Cuántos?

Se encogió de hombros.

—Cuatro, o tal vez más. No lo sé cierto.

—Lo cual hace sumamente difícil introducirse en la casa sin ser visto, ¿eh?

Respingó, alarmado.

—No me diga que es eso lo que pretende...

—Por lo menos, es una idea que me tienta.

—Olvídela. No saldría entero de allí. Le harían pedazos con entera impunidad. Además, tendrían el pretexto, ¿entiende? Usted habría sido sorprendido asaltando la residencia de la primera autoridad de Merryland.

—Quiero hablar con la muchacha, sin testigos. Y como es de suponer que está en la casa, no me queda más remedio que ir allá.

—¿Tanto le gustó la chica?

—No entiende... no se trata de eso. Naturalmente, me cautivó su belleza, y la angustia que la dominaba. Pero hay algo más, y es de eso de lo que quiero hablar con ella.

Sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—No lo intente —me aconsejó—. Jamás lograría salir de allí por su pie. Hay otras muchachas tan hermosas como Valery en la ciudad... y menos peligrosas.

Lo dijo en un tono raro, que aguzó mi suspicacia.

—Más claro —exigí—. ¿Qué quiere dar a entender?

—Nada. Oficialmente, no existe prostitución en la ciudad, pero hay espléndidas mansiones convertidas en lugares «selectos», perfectamente controlados.

—¿Por quién?

—Averígüelo.

—Okey, lo haré. ¿Tiene algo más que decirme?

—Creo que eso es todo. El resto depende de usted.

Asentí con un gesto.

—Muy bien; entonces lárguese y manténgase lejos de mí, a partir de este momento. Tengo la idea de que va a desencadenarse bastante movimiento a mi alrededor...

—Sí, eso me temo. Le deseo suerte. A propósito, ¿necesita usted un anticipo de sus honorarios?

—Mientras usted corra con mis gastos de alojamiento, puedo esperar.

Asintió, y se fue. Después de su marcha, permanecí varios minutos inmóvil y pensativo. Aquél no iba a ser uno de esos casos sencillos que se presentan de vez en cuando, pero no podía quejarme. Me lo había buscado.

Luego me consolé pensando que, después de todo, hubiera trabajado gratis, de no surgir el gerente del hotel con su proposición. Esa alentadora idea me llenó de ansias de acción...

Pronto la tuve.

CAPÍTULO IV

Estaba seguro que el capitán Belling tendría a sus sabuesos por las cercanías del hotel a las ocho de la noche, de manera que saqué el auto del garaje del hotel, lo conduje lentamente hasta estacionarlo frente a la entrada y estuve allí el tiempo suficiente para que pudieran verlo.

Después de esa exhibición conduje hacia el sur, giré por una avenida y enfilé al norte a creciente velocidad, tras asegurarme de que no era seguido.

Naturalmente, preguntarían al empleado del hotel, pero para cuando se enterasen de que mi equipaje seguía en la habitación y que no pensaba cancelar la cuenta, yo ya estaría más o menos donde deseaba estar.

No resultó difícil localizar la residencia del alcalde. Pasé con el auto por delante de la entrada monumental de la no menos monumental verja, seguí adelante, doblé y estacioné dos manzanas más arriba, en plena cuesta.

Tal como me había informado el gerente del hotel, era una propiedad extensa y bien cuidada, toda ella rodeada por una alta pared de ladrillo, coronada por una verja de hierro en forma de cortas lanzas puntiagudas.

Había oscurecido, así que aproveché para buscar la parte trasera de la propiedad, me encaramé a la pared y conseguí izarme hasta las lanzas de hierro.

Allí estudié el terreno. El parque estaba oscuro y silencioso. Titubeé antes de decidirme a saltar al otro lado, por cuanto podían tener instalados cables de alarma, o células fotoeléctricas capaces de dispararse solas, si alguien interrumpía su circuito invisible...

Al fin, decidí arriesgarme, pasé por encima de las lanzas, me

deslicé hacia abajo hasta quedar colgado del muro con las manos, y, suavemente, me dejé caer sobre el césped como un gato.

No sucedió nada. Entre los árboles, como grandes luciérnagas, brillaban algunas luces de la mansión que se adivinaba grande y oscura, confundiendo con la oscuridad del jardín.

Avancé pisando con sumo cuidado. A mi alrededor reinaba un silencio total, absoluto, casi irreal. Tardé en comprender que era debido a la situación de la propiedad, completamente aislada, situada casi en la cúspide de una colina suave, a la que no llegaban los rumores de la circulación ni el susurro del mar, a media milla de distancia.

Logré llegar hasta la casa sin ser descubierto. Al avanzar en dirección a la fachada posterior, percibí una música suave, como en sordina.

Había una ventana que desparramaba una catarata de luz al exterior, y de ella brotaba la melodía. Me agazapé al pie del ventanal y escuché la música y el rumor de unas voces de hombre.

Al atisbar por un ángulo, descubrí a los personajes que ocupaban la confortable estancia. Imaginé que alguno de ellos debía ser el alcalde, pero, no conociéndolo, no pude estar seguro. Hablaban animadamente, con exquisita corrección, dando la impresión de una reunión social o de negocios de altos vuelos.

No vi ni rastro de la muchacha.

Rodeé el rectángulo de luz y proseguí mi avance. Fue al doblar la esquina trasera cuando casi topé de narices con uno de los vigilantes. Conseguí detenerme a tiempo gracias al aroma de tabaco, pero al sacar la cabeza vi al hombre a menos de tres metros, sentado en los peldaños de un pequeño porche, fumando un cigarro puro como si no tuviera otras preocupaciones en la vida.

Una puerta que había sobre el porche estaba abierta y dentro brillaba una luz, a cuyo resplandor pude advertir los rasgos brutales del vigilante. Llevaba el cabello cortado a cepillo, tenía una tez extremadamente pálida, y daba la sensación de que se le transparentaban los huesos.

Esperé unos segundos, sin atreverme a cambiar de postura. El tipo estaba demasiado lejos para sorprenderle. Tendría tiempo sobrado de dar la alarma, si la saltaba encima desde aquella distancia.

Entonces decidí atraerlo, para que la sorpresa fuera total. Empuñé mi «38», me aplasté contra la pared y acto seguido rocé el suelo con la suela del zapato.

Escuché el rumor del hombre al levantarse de un brinco. Su voz contenida indagó:

—¿Estás ahí, Loder?

No repliqué y él avanzó con cierta precaución. Justo cuando su cabeza asomó por el ángulo de la pared le descargué un culatazo con fuerza suficiente para desnucarlo, de manera que se derrumbó sin lanzar ni un suspiro.

Algo metálico cayó con él sobre la grava, y al tantear para buscarlo me encontré con una automática de gran calibre, amartillada y sin seguro, lo cual me demostraba que aquellos perros guardianes no se andaban con rodeos a la hora de tirar del gatillo.

Tras guardarme el arma, agarré al desvanecido guardaespaldas y me lo llevé a cierta distancia del edificio. Allí me entretuve en llenarle la boca con su propio pañuelo. Luego rompí su camisa y confeccioné una eficiente mordaza que casi lo ahogaba, y tras esto sólo me restó amarrarlo con su cinturón de la manera más electiva que pude. Tardaría un par de meses en librarse por sí mismo... si no sucumbía bajo la mordaza.

Con el camino libre por ese lado, entré en la casa por la puerta del porche trasero, la cual correspondía a una espaciosa, limpia y blanca cocina, afortunadamente desierta.

Pude recorrer buena parte de la planta baja sin ser descubierto. Oí las voces de los hombres reunidos en el salón, y la música que me llegaba a través de la cerrada puerta. No tenía ningún interés en sorprenderlos, así que retrocedí hasta la escalera y subí al primer piso.

Comencé un examen de cada una de las habitaciones del pasillo. Estaban oscuras y desiertas, de manera que cuando ya desesperaba y comenzaba a dejarme vencer por el desaliento, distinguí la línea de luz surgiendo por debajo de una puerta.

Me detuve junto a ella y escuché. El interior estaba silencioso, pero la luz delataba la presencia de alguien allí dentro. Cuando probé el tirador comprobé que estaba cerrada con llave y eso me dio bastante que pensar.

Entonces escuché un rumor de pies, y acto seguido el arrastrar

de una silla. Después, todo volvió a quedar silencioso.

Estaba preguntándome cómo abriría aquella condenada puerta sin alborotar a toda la casa, cuando unos pasos en las escaleras me obligaron a dar un salto, buscando protección en el recodo final del pasillo, desde donde podía atisbar la habitación iluminada y parte del corredor hasta la escalera.

Así pude ver al hombre que apareció sin prisas, cargado con una bandeja que llevaba con manifiesta torpeza, guardando el equilibrio dificultosamente para no derramar los alimentos que contenía.

Avanzó y se detuvo delante de la puerta. Llamó discretamente con los nudillos antes de introducir una llave y abrir, desapareciendo de mi vista en el interior.

Su voz todavía surgió, antes que se cerrase la puerta:

—La cena, señorita. Su padre está muy disgustado porque se niega usted a comer...

—¡Llévesela!

Era la voz de Valery. Entonces, la puerta se cerró y ya no oí nada más, pero me acerqué a ella, quedándome pegado a la pared, a un lado.

No pasaron ni dos minutos. El hombre apareció de nuevo, esta vez sin la bandeja. Estaba ocupado cerrando la puerta cuando mi «38» actuó nuevamente como una maza. El tipo pudo emitir un leve quejido antes de desplomarse igual que un fardo, aunque conseguí cazarlo al vuelo para evitar ruidos innecesarios. Luego, lo deposité cuidadosamente en el suelo, le aticé un segundo culatazo para asegurar sus efectos anestésicos, y tras desarmarlo, hice con él el mismo trabajo que con su camarada, convirtiéndole en una silenciosa momia.

Lo abandoné en el recodo del pasillo. Luego, abrí la puerta de la habitación y me encontré ante la estupefacta Valery, que me miraba como si viera a un ser de otro mundo.

—¡Silencio, pequeña! —le recomendé suavemente—. ¿Se acuerda de mí?

—¡David Curtis...!

—Ajá, me recuerda. Eso facilita las cosas.

—No he podido olvidarle desde anoche... vi cómo le golpeaban y... y creí morir.

—No se preocupe por eso. Tengo los minutos Justos para

hablarle y salir de aquí a escape. ¿Es cierto que la tienen poco menos que secuestrada?

Asintió con un gesto. Después susurró:

—Es horrible, David... desde que murió mamá, papá ha cambiado radicalmente. No me permite salir de casa... frecuentar amistades... Controla hasta el último centavo que puedo reunir...

—Al grano, ¿por qué se niega a que usted se marche de aquí?

—No lo sé. Ya le digo que se ha convertido en un tirano... quizá teme que yo pueda revelar públicamente los manejos de él y sus amigos...

—¿Los conoces? —salté, tuteándola.

—Sólo en parte, por las conversaciones que he sorprendido a veces. Pero, si reflexiono, comprendo que eso es absurdo. El me quiere, usted sabe... aunque a su modo, pero me quiere.

—Pero te encierra como si fueras una apestada, ¿por qué?

—Teme al escándalo... insiste en que me case con Bob cuanto antes, sólo para estar seguro de que no cometeré ninguna indiscreción.

—Pero tú quieres escapar, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí!

—¿Tienes dinero?

Sacudió la cabeza.

—Nunca deja que pueda tenerlo...

—Bien, ya arreglaremos eso. Ahora dime otra cosa: si consigues huir, ¿revelarás lo que sabes de los manejos políticos locales?

Vaciló visiblemente.

—Debería declarar contra papá, ¿no es verdad?

—Nada de declaraciones. Sólo deberías revelármelo a mí.

—¿Por qué a usted? No creo que quiera limpiar la administración de Merryland usted solo...

—Claro que no, pero no hay tiempo para más explicaciones. ¿Aceptas el trato?

—¿Y usted me llevaría lejos de aquí?

—Seguro.

—¿Sin permitir que volviesen a cazarme?

—Nadie te cerraría el paso. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Suficientes para estar libre de la tutela de tu padre. Además,

no cruzaría ninguna frontera estatal contigo para librarme de la ley Mann. Sólo necesitas llegar a Tampa conmigo. Allí estarás a salvo, bajo la custodia de gentes que no le temen a hombres como tu padre.

—¡Oh, David, si eso fuera posible! Deseo tanto irme de esta casa, de esta ciudad. Si continúo aquí, acabaré odiando a papá... tanto como ahora le desprecio.

—¿Por qué?

—Porque *es* cruel, inhumano, sin escrúpulos. Se vale de su cargo para fines inconfesables... y la gente no sabe advertirlo... se burla de todos los ciudadanos, de nuestros amigos... mantiene buenas relaciones con el *Paraíso*...

—No será uno de los adeptos de esa secta...

—No, en absoluto. Es demasiado materialista y ambicioso para respetar ninguna religión, por errónea que sea.

—Acabas de hacerme un buen retrato de tu papáito... ¿quiénes están con él esta noche?

—No lo sé. Desde que la policía me trajo de vuelta, no he salido de esta habitación... ¡Por favor, David, sácame de aquí!

—Lo haré, tan pronto tenga oportunidad. Pero antes necesito averiguar algo más por ti, linda, no lo dudes. Entre tanto, si tienes ocasión de hacerlo, puedes llamarme al Hotel *Markham*. Es donde me alojo.

—No dejan que toque un teléfono, pero lo recordaré...

—Tengo la habitación ciento seis, recuérdalo también. Ahora debo irme, antes que estalle el escándalo.

Cuando te pregunten, diles que ha entrado un hombre al que no habías visto nunca... puedes añadir que te ha amenazado si chillabas... no importa el cuento que les sueltes, lo creerán todo porque estarán preocupados.

—Por favor, David... vuelve.

Asentí con un gesto. Luego, incliné la cabeza y la besé suavemente en los labios.

—Así está bien, pequeña —balbucí—. Sólo como anticipo...

Sonrió. Abandonó la habitación y recorrí el camino a la inversa. Cuando pasó por el jardín, cerca del guardián amarrado y amordazado, pude ver que había recobrado el conocimiento y estaba intentando librarse de la mordaza restregando la cara contra

el suelo. Tuve la esperanza de que tan rudo ejercicio contra la grava mejorase su cara repulsiva...

No respiré tranquilo hasta encontrarme sentado ante el volante de mi coche, reflexionando sobre la corta entrevista con la muchacha. Al fin conocía los motivos por los cuales el alcalde la mantenía poco menos que secuestrada. Ésa era una conducta idiota por su parte, puesto que no estábamos en la Edad Media, sino en la época de los cohetes espaciales y las bombas capaces de reducir a la Humanidad a un mero recuerdo extinto.

Pero, lo que más satisfacción me causaba era el hecho de que ella confiara en mí y me recordase tan vivamente.

Luego me dije que ella confiaría en cualquiera que le ofreciera la oportunidad de escapar... y todo mi optimismo se esfumó.

De todas formas, la había besado y ella se limitó a sonreír. Ése era otro síntoma alentador. La próxima vez que pudiera besarla no sólo sonreiría, sino que colaboraría con su aportación al beso...

Por lo menos, eso me complacía pensar mientras regresaba a la ciudad.

CAPÍTULO V

Abandoné el coche en una calle poco concurrida, lo cerré con llave y anduve la distancia que me separaba del hotel. Pero no entré en él, sino que pasé por el otro lado de la calle para ver el interior del vestíbulo y los alrededores.

Bien, no me había equivocado. Un coche policíaco aguardaba ante la entrada, con un guardia sentado ante el volante. Dentro del hotel, delante del mostrador de recepción, se alineaban mis dos maletas de piel gris con ribetes negros. No cabía duda que el capitán Belling estaba dispuesto a cumplir su promesa de echarme de la ciudad.

Bueno, seguí adelante hasta encontrar un teléfono público, desde el cual llamé al hotel preguntando por Learoyd.

Tardó casi un minuto en ponerse al aparato, y cuando reconocí su voz indagué:

—¿Hay alguna posibilidad de que alguien intervenga este teléfono?

—Ni la más remota. Hable.

—He visto a los «polizontes» esperándome.

—Seguro; están aquí. Incluso le han preparado el equipaje.

—Bien, eso no me preocupa. ¿Dónde están apostados?

—Uno en el auto.

—Ya he visto a ése.

—Pero hay dos más en el interior, al fondo del salón de lectura. Hay una cristalera que domina el vestíbulo.

—Muy bien, voy a dejar que esperen un poco más.

—Un momento, no cuelgue...

—¿Tiene alguna noticia interesante, además de que la policía ha ocupado el hotel?

—Usted mostraba sumo interés por Valery Langhlin...

—Sigo estando interesado en ella.

—La chica tenía una íntima amiga, hace un año o cosa así. Esa amiga se llamaba Edith Caswell y era hija de un modesto industrial, un hombre de la vieja escuela, rudo y emprendedor. Fue el único que se enfrentó abiertamente con la camarilla de que hablamos...

—¿Y qué?

—Murió en un accidente muy oportuno, hace un par de años. La muchacha quedó arruinada, empezó a trabajar en una oficina y de repente desapareció.

—¿Y...?

—Alguien la inició en el hábito de las drogas.

—Sigo sin ver a dónde quiere ir a parar.

—Sólo se me había ocurrido que, no pudiendo hablar usted con Valery, quizá le interese una charla con Edith.

—¿Por qué?

—Ahora se llama Doris, sin apellido. Está en el *cabaret Montana*, propiedad del *Paraíso*.

Eso tuvo la virtud de interesarme repentinamente.

—¿Sabe Valery que Edith ha terminado en eso? —pregunté.

—No lo creo... De haberlo sabido, hubiera hecho algo por su amiga.

—Veré a Edith —decidí—. Esta noche.

—Muy bien... ¿qué ha estado haciendo hasta ahora?

—Aporrear guardaespaldas.

—¿Qué?

Colgué. Anduve en busca de un taxi y cuando capturé uno le ordené llevarme al *Montana*. El chófer comentó:

—Usted debe ser forastero.

—¿Tanto se me nota?

—Hay otro *cabaret* mucho mejor que ése... con más ambiente, mejores atracciones, lindas muñecas y licores sin adulterar. ¿Quiere que le lleve a él?

—Quiero ir al *Montana*.

—Bueno.

Durante el resto del trayecto no volvió a despegar los labios, pero su recomendación me demostró que el *Paraíso* no era popular entre los ciudadanos corrientes de Merryland. Hasta los taxistas

trataban de boicotear las propiedades de aquella pandilla de fanáticos.

Desde luego, el *Montana* no tenía nada de original, ni siquiera de atractivo. Era uno de esos lugares que existen en todas las poblaciones de cierta importancia, vulgares y tamizados con una luz que, en un intento de ser discreta, resultaba tan débil que uno corría el riesgo de tropezar con las mesas al menor descuido.

Me acerqué a un camarero de aspecto aburrido.

—Busco a Doris —le anuncié—. ¿Dónde está?

—Es la del vestido rojo... la rubia, al fondo.

Me esforcé por ver a donde señalaba, pero necesité acercarme a la mesa de la muchacha para estar seguro de que ella estaba allí. Cogí una silla, la acerqué a la mesa y me sentó frente a la chica.

Era una mujer de unos veintiocho años, aunque a juzgar por su expresión y las infinitas arrugas que bordeaban sus ojos, aparentaba muchos más. Sus pupilas estaban dilatadas y su mirada era opaca, como si no viera más allá de su nariz.

Debía haber sido hermosa, en otro tiempo. Todavía conservaba el atractivo de un cuerpo bien delineado, que el ajustado vestido ponía de manifiesto.

—¿Doris? —pregunté.

—Sí. No te conozco.

—Soy forastero.

—¿Quién te ha dicho que vinieras aquí?

—Nadie. Sólo quiero hablar contigo.

—Hablar conmigo te costará dinero... Debo hacerte gastar tanto como pueda.

—Puedes hacerlo. Mis gastos están cubiertos.

Movió una mano y un camarero se materializó en la penumbra.

Ella pidió *whisky*. Yo también, y el mozo se fue.

—¿Te has enterado de lo que pasó anoche con Valery? —le espeté.

Se encogió de hombros.

—He oído rumores. Ella trató de marcharse. La detuvieron.

—Así es. Yo intenté ayudarla.

—¿Por qué vienes a contármelo a mí?

—Mira, voy a decirte la verdad. Quiero reunir evidencias contra la pandilla que maneja esta ciudad. He intentado hablar con Valery

sin conseguirlo... Y creo que tú puedes ayudarme.

—Debes estar loco...

La llegada del camarero la obligó a callar. Pagué las bebidas, y el tipo se alejó sin prestarnos atención.

—Alguien me ha dicho que tú odias a esa gentuza... que tienes motivos para desear que les ajusten las cuentas. Si eso es cierto, Edith, ayúdame proporcionándome los informes que necesito.

—¡No me llames Edith! —estalló.

—Okey, Doris.

Vació su vaso con un solo trago. Tosió durante unos segundos y se bamboleó, en la silla. Sus ojos adquirieron un aspecto vidrioso.

—Te han engañado. No sé nada de ninguna camarilla. No me ocupo de eso.

—Escucha; no necesitas adoptar precauciones conmigo...

—Escucha; necesitas adoptar precauciones conmigo...

—Tú eres forastero, pero eso no es suficiente recomendación para que confíe en ti, sin más ni más. Pide otro trago.

Lo hice, y cuando nos hubieron servido, insistí:

—Yo no les temo a esos matones. Es más, estoy en situación de causarles grandes quebraderos de cabeza...

—¿Por qué quieres arriesgarte, qué piensas ganar con eso?

—Cinco mil dólares, más los gastos, y cien diarios mientras esté trabajando.

Eso la obligó a prestarme más interés.

—¿Detective?

—Privado.

—Pero no de la ciudad. Los pocos que hay aquí no tocarían un asunto como éste, ni por un millón.

—De Tampa.

Reflexionó, trató de hacerlo con su cerebro empapado de drogas y alcohol.

—No conseguirás nada, de todos modos.

—Por lo menos, intentaré conseguir evidencias capaces de obligar al gobernador a intervenir.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Antes que eso suceda estarás muerto... en un «accidente».

—¿Cómo tu padre?

Se enderezó en la silla, y por primera vez sus ojos adquirieron

brillo.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No tanto como quisiera. Pero si no quieres ayudarme en bien de la comunidad y de ti misma, hazlo por tu padre... él cayó y se arruinó a causa de esos tipos a quienes intento atrapar.

—Es inútil...

—Prueba, por lo menos.

Bebió todo el contenido del vaso. Después se echó atrás en la silla y siguió mirándome, preocupada.

Tras un tenso silencio, murmuró:

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa que sea factible de utilizar contra ellos. Y, de paso, puedes darme los nombres de los principales miembros de esa pandilla de bandoleros.

—Todo el que ostenta cualquier clase de cargo público está implicado, del alcalde para abajo.

—¿El capitán Belling?

Hizo una mueca de desprecio.

—Recibe su parte todos los meses.

—¿Su parte de qué?

—De los negocios sucios, de lo que paga el *Paraíso* para que las autoridades no metan las narices en sus asuntos...

—Deben haber concejales en el Ayuntamiento...

—Por supuesto, pero cobran más dinero por su «no beligerancia» que por sus cargos.

—Ya veo...

—¿Aún piensas enfrentarte a ellos? —preguntó con cierta ironía.

—Nada me ha hecho cambiar de opinión todavía.

Suspiró.

—Quizá sea cierto que puedes hacer algo... sería maravilloso...

—Pero necesito ayuda. Hasta ahora, parece como si todo el mundo estuviera complicado en este asunto. Pero debe haber una cabeza, alguien que es realmente quien se embolsa la tajada grande... ¿El alcalde, quizá?

—Puede ser... aunque mucha gente opina que el *Paraíso* es quien más beneficiado sale con esa corrupción.

Pensé que todo el mundo parecía estar de acuerdo en eso. Según el gerente del hotel, los administradores del *Paraíso* se habían

apoderado ya de la mitad de la ciudad...

—Será preciso echar un vistazo en ese *Paraíso* de fantoche —masculle—. Ahora dime cómo sabes tanto, muchacha...

—¿De veras quieres saberlo?

Asentí.

—Belling me inició... durante un tiempo estuve con él... hasta que se cansó. Mientras eso duró, pude escuchar muchas conversaciones entre él y el alcalde, y los otros...

—¿Te refieres al capitán Belling?

—¿A quién, si no?

No repliqué, pero algo pareció retorcerse en mi interior.

Ante mi silencio, ella murmuró:

—Es el más brutal de todos... No tiene escrúpulos ni piedad... me golpeó muchas veces.

—¿De veras? Ésa debe ser una costumbre de toda la policía local.

—Si alguna vez te enfrentas a él, ten mucho cuidado. Es peligroso, y fuerte...

—Lo tendré muy en cuenta. Pero si te fijas en ello, no me has dado nada sólido donde pueda agarrarme para obligar al gobernador a intervenir. Necesito por lo menos un hecho concreto, ¿entiendes? Algo factible de ser llevado a los tribunales.

—¿Aquí? No seas ingenuo. El fiscal del distrito fue elegido por esa pandilla.

—Ya veo..., pero en una investigación del gobernador, eso no les valdría. Deben cometer infinidad de iniquidades al cabo del día...

Me pareció que todavía desconfiaba de mí, porque me miró de una manera extraña.

—Quieres una prueba... —murmuró.

—Eso sería suficiente.

—Está bien... mañana noche.

—Mañana noche, ¿qué?

—Vuelve... podré darte algo importante.

—¿Aquí mismo?

—En esta mesa.

—¿Y no puedes anticiparme de qué se trata?

—Lo verás mañana.

—Me parece una actitud absurda. ¿Por qué no hoy, esta noche?

—No seas terco... se trata de algo que he de recoger en cierto lugar... lo escondí muy bien...

—Veo que no me queda más remedio que aguardar a mañana. Por lo menos, ¿estás segura que es algo «verdaderamente» importante?

—Sin la menor duda. Y ahora vete, antes que les extrañe a los matones nuestra larga conversación.

—Perfecto, Doris; hasta mañana.

Me levanté y abandoné el *cabaret*. Quizá, al fin, el espíritu de venganza de aquella mujer pusiera en mis manos la clave para acabar con los expoliadores de Merryland...

CAPÍTULO VI

Cuando fui por el coche, me encontré con la desagradable sorpresa de ver que, estacionado al otro lado de la calle, había otro con las luces apagadas. No llevaba distintivo alguno pero fue suficiente ver su larga antena y los dos tipos que aguardaban en él para comprender que la policía lo había localizado, y sólo esperaban a que yo fuera a buscarlo para caerme encima.

Debido a eso, emprendí el camino del hotel a pie, pero en lugar de dirigirme a la entrada principal, busqué el callejón trasero, donde no había vigilancia, y entré al edificio sin ser visto.

Mi habitación estaba abierta, vacía y limpia. No habían considerado necesario establecer vigilancia en ella, contando con que me cazarían tan pronto entrase por la puerta principal.

Bien, me acosté después de cerrar la puerta, y nada turbó mi sueño hasta la mañana siguiente. Después de vestirme, abandoné la habitación, busqué otra cuyos huéspedes hubieran salido, y desde ella comuniqué con el gerente.

Pareció asombrarse de oír mi voz.

—¿Cómo demonios ha conseguido zafarse de esa jauría? — indagó.

—Se lo contaré en otra ocasión. ¿Dónde podríamos vernos?

—Ya que está usted en el hotel, suba por la escalera hasta el último piso. Mi apartamento está frente a la escalera. Estaré esperándole.

Hice lo que me pedía, y lo encontré detrás de la puerta entornada. Me miró con admiración cuando hubo cerrado.

—Francamente, Curtis —dijo—; no creí que pudiera lograr esquivar tanta vigilancia... Incluso tienen su coche localizado. Lo dijeron anoche.

—Lo sé. ¿Todavía siguen abajo?

—Seguro. Se relevan regularmente. Parece que el capitán Belling ha hecho una cuestión de honor echarlo de la ciudad a puntapiés.

—Ya me dijo que lo haría.

—¿Dónde ha pasado la noche, amigo?

—Aquí.

—¿Cómo?

—En mi habitación, naturalmente. Ellos esperan verme entrar por la puerta principal... Bueno, entré por la de servicio. No soy un huésped muy exigente en estas cuestiones. Y ahora, al grano; es posible que esta noche consiga una prueba definitiva contra la camarilla que domina esta ciudad. En caso de lograrlo, ¿debo entregársela a usted, o encargarme yo personalmente de utilizarla cerca del gobernador?

Titubeó. Sus ojos relucieron de excitación.

—Presumo que usted podrá sacar más partido de esa prueba, sea la que sea, que yo mismo...

—Okey. Hay otra cosa que quiero discutir con usted...

—Adelante, Curtis. Creo que hago una buena inversión con este asunto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Voy a necesitar un coche, potente y rápido.

—Bueno, yo poseo un «Cadillac» modelo actual...

—No sirve. Seguramente, la policía lo conoce.

—Naturalmente. Además, es muy llamativo en cuanto al color.

—Debe ser un coche rápido... un deportivo de dos plazas sería ideal.

—Puedo conseguirlo —masculló, dubitativo—. Pero me gustaría saber para qué va a necesitarlo y qué se propone hacer...

—Si se lo dijera, no le gustaría. Es más, tampoco le garantizo que el auto resulte intacto, después de utilizado.

—Eso me gusta menos... tenga en cuenta que el coche no es mío.

Me encogí de hombros.

—Trate de comprar uno de segunda mano, en buen estado. No importa que la carrocería esté impecable. Necesito un motor y una dirección capaces de sacarme de cualquier aprieto, eso es todo.

—Pero debería comprarlo a mi nombre y estaríamos igual que con el «Cadillac». Si algo sale mal, sabrán que yo he intervenido.

Suspiré, fastidiado.

—Le autorizo a declarar que le han robado el colche, en un caso de apuro. Pero se me antoja que para exigir los resultados que usted quiere, adopta demasiadas precauciones... No se pueden hacer tortillas sin romper huevos.

—Comprendo... Bien, tendré un coche deportivo a última hora de la tarde. Pero será un problema, con la policía rondando por aquí.

—No vendré a buscarlo aquí, señor Learoyd. Deberá llevarlo al parador que hay a unas catorce o quince millas al sur. Lo dejará en el aparcamiento, lo más cerca posible de la carretera. Yo le llamaré por teléfono para enterarme del tipo de coche que es y de su matrícula, para que no haya error posible. ¿Está todo claro?

—Sí... muy claro. Pero empiezo a temer que voy a verme implicado en este asunto, aunque no quiera...

—Haré cuanto esté en mi mano para que eso no suceda, pero, naturalmente, no puedo garantizarle nada.

Se encogió de hombros.

—Está bien, ya que hemos empezado, seguiremos adelante hasta el final. ¿Puede decirme qué clase de prueba espera obtener?

—No tengo la menor idea de la naturaleza de la misma, sólo sé que esta noche alguien me la entregará.

Me miró especulativamente. De repente, indagó:

—¿Va usted armado, amigo mío?

—Seguro.

Suspiró.

—No se separe de su arma, por lo menos. Si consigue algo «verdaderamente» importante contra esa pandilla... Bien, puede afirmar que su vida no valdrá un centavo hasta que consiga ayuda legal del gobernador.

—Lo sé. Y ahora, pasemos al tercer asunto. ¿Cuándo y cómo puede visitarse el *Paraíso*?

Respingó, atolondrado.

—¡No pretenderá usted meterse allí dentro!

—¿Por qué no?

—Esos fanáticos son capaces de hacerle pedazos, si sospechan que es usted un espía...

—No tienen necesidad de sospecharlo. En todo caso, correré el

riesgo.

—Bueno... Esta tarde empiezan las visitas al templo del *Gran Maracott*. Se forman largas colas de futuros *adeptos* que contemplan el cadáver en su mausoleo. Por si lo ignora, le diré que se acerca la fecha del gran milagro... sólo permitido a los ya iniciados, o que han ingresado en la secta últimamente.

—Eso no me interesa. Sólo quiero meterme entre la gente y dar un vistazo por el interior de ese nido de embaucadores.

—No sé si... Es exponerse demasiado. Habrá policías a la entrada del *Paraíso*.

—Pero no me conocen personalmente. Ninguno de ellos es capaz de distinguirme de cualquier otro ciudadano, a menos que tropiece con los bastardos que me cazaron en la carretera.

—Eso no es posible, si eran patrulleros.

—Lo eran.

—Está bien, Curtis. Haré algunas averiguaciones por mi cuenta para saber si han cambiado algún trámite del ceremonial, o si han reforzado la vigilancia este año. Telefonéeme a primeras horas de la tarde, y podré informarle.

—Le llamaré —prometí, levantándome.

—¿Qué espera ver en ese nido de fanáticos? —indagó, inquieto.

—No lo sé. Pero si son unos estafadores en gran escala, debe haber un indicio en alguna parte. Podrán engañar a los imbéciles que creen en sus patrañas, pero no a quien va allí en busca de la verdad, ¿entiende?

—Demasiado... No será usted el primero que ha querido descubrir lo que se esconde detrás de sus ceremonias...

—¿Y qué?

—Desaparecieron sin dejar el menor rastro. Después corrió la voz de que se habían marchado de aquí discretamente... cosa que nadie pudo comprobar jamás.

—Quizá porque no lo intentaron siquiera. Sea como fuere, correré el albur. Le llamaré por teléfono esta tarde.

—Conforme...

Me vio marchar con el ceño fruncido, preocupado por lo que pudiera sucederme. Quizá temía que, si me descuartizaban, su conciencia le remordiese el resto de sus días...

Pero si eso sucedía, a mí ya no me importaría.

CAPÍTULO VII

Despedí al taxista al pie de la colina. Más de un centenar de autos estaban estacionados a ambos lados de la plazoleta, y otros tantos se alineaban en un buen trecho de la carretera ascendente que se adentraba al *Paraíso*. Miré todo aquello con curiosidad. Vi a cuatro policías de uniforme fumando cigarros, con aire aburrido, a un lado de la entrada. Pasé ante ellos y no sucedió nada.

La gente se dirigía como un rebaño cuesta arriba. Iban despacio, solemnes, con rostros de piedra y actitud meditabunda. Había hombres y mujeres con aspecto de ciudad y otros tostados por el sol, que procedían de los campos. Todos parecían dispuestos a contemplar una de las maravillas del mundo.

Me uní al desfile, confundiéndome entre aquella manada de papanatas. Observé que no se veían jóvenes por ningún lado. La mayoría pasaban ya de los cuarenta y cinco.

Arriba, en los alrededores del templo, o mausoleo, había unos fantoches con túnicas amarillas que los cubrían de la cabeza a los pies, al estilo de los fanáticos del *Ku-Klux-Klan*. Incluso sus distintivos dorados consistentes en estrellas de seis puntas, encerradas en un círculo escarlata tenían cierta semejanza con los de la peligrosa secta.

Imaginé que se trataba de los *Grandes Hermanos*. La gente les observaba con un ridículo respeto, rayano en la veneración. Debían haber desplegado una buena campaña publicitaria para conseguir tamaños resultados entre personas adultas.

Había unas escalinatas de mármol que conducían a la entrada del mausoleo. Allí se organizaba la cola de visitantes, controlados y ordenados por dos de los fantasmones con túnica. Para pasar más desapercibido me coloqué junto a dos mujeres solas, que ni siquiera

repararon en mí, abstraídas en sus profundas meditaciones. Tampoco los encapuchados me prestaron particular atención, ocupados como estaban con la avalancha de visitantes que se agolpaban al pie de la escalinata.

El interior del templo, o lo que fuera el inmenso edificio, estaba sumido en una suave penumbra. El ambiente era fresco, debido a las extraordinarias proporciones de la nave. No se escuchaba ni un cuchicheo, sólo el lento arrastrar de pies de la columna de borregos que se alineaban a todo lo largo del escenario.

Al fondo, bajo un dosel de color escarlata adornado por la estrella dorada, había un catafalco de piedra maciza, artísticamente labrada. Como obra artística no tenía desperdicio. Sobre él, una especie de ataúd, también de piedra y mármol, recibía la luz tamizada de un foco que surgía del techo. Todos nos dirigíamos allí con pasos solemnes.

A medida que me acercaba al ataúd, descubrí la presencia de varios encapuchados, con sus flotantes túnicas amarillas. Parecían vigilar cuidadosamente a los peregrinos, pero se mantenían a cierta distancia, interviniendo sólo cuando alguno de los espectadores se demoraba más de la cuenta junto al sarcófago. En ese caso, le daban prisa para que no entorpeciera la lenta marcha de la cola.

Al fin me tocó a mí contemplar al *Gran Maracott* Yacía sobre una colchoneta de terciopelo escarlata, con las manos cruzadas sobre el pecho. Eran unas manos blancas, amarillentas, esqueléticas. Pero la arrugada piel parecía tener vida. Sus ojos, negros como el carbón, estaban abiertos y fijos en algún punto del techo. Me produjeron escalofríos, porque hubiérase dicho que podían ver, en lugar de estar muertos desde años atrás.

El cadáver estaba cubierto por una túnica, que, en contraste con las de los fanticos, era de color negro brillante, como si fuera de seda. Sobre el pecho, bordado en oro, destacaba una gran estrella. Su cara era amarilla y se le destacaban los huesos como dibujados con un cincel.

Debió ser un hombre extremadamente alto y delgado. Todo su aspecto, y la inmóvil expresión de su rostro, daban la impresión de crueldad.

Una mano se posó sobre mi hombro y una voz seca ordenó:
—Siga adelante, por favor, no entorpezca a los demás.

Me aparté del espectáculo, impresionado a mi pesar Debían haber realizado una extraordinaria labor de embalsamamiento para conservar el cadáver en tan perfectas condiciones durante tanto tiempo.

Detrás de mí, una pareja de unos cincuenta años comentaba con reverente asombro lo que acababan de ser. Escuché, y al fin el hombre dijo:

—Tenías razón, Miriam... Es maravilloso... un genio.

—Así, ¿estás decidido a ingresar en la comunidad, querido?

—Por supuesto... ya no voy a dudar más.

—No sabes cuánto me alegra oírtelo decir. El *Gran Maracott* nos señala el camino a seguir, y si mañana se produce el maravilloso fenómeno anunciado para los iniciados, estoy segura que ya no pensarás más que en venir a vivir el resto de nuestras vidas en este auténtico paraíso...

Me alejé, enervado por tanta credulidad estúpida. Vi un sendero que se apartaba del paseo principal y me interné por él, entre una masa de árboles frutales. Seguí andando hasta coronar la colina por el otro lado de los edificios. Desde allí se contemplaba un espectáculo de campos perfectamente cultivados, cuidados igual que un hermoso jardín. De allí, debían obtener una buena parte de sus subsistencias.

Luego, anduve bordeando la cumbre hasta que me encontré junto al edificio de oficinas. Los alrededores estaban desiertos, puesto que todo el mundo se agolpaba en el templo y sus alrededores, y esa circunstancia me alentó a traspasar la entrada, internándome por Sin fresco y espacioso *hall*, del que partían dos tramos de escaleras que se subían hacia los pisos superiores.

Mientras intentaba decidirme a subirlos, me sorprendió uno de los fantasmones amarillos. Tenía un rostro mofletudo y pálido. Grandes círculos oscuros bordeaban sus ojos, como si hiciera una eternidad que no pegara un ojo.

—¿Qué busca aquí, hermano? —me interrogó.

Tenía una voz solemne, pero que no lograba ocultar cierta agresividad.

—Soy un visitante. Le confieso que incrédulo... antes de acudir aquí. Pero ahora mi incredulidad se esfuma...

—Muy bien, pero no debería estar aquí, sino en el templo.

—Buscaba a alguien capaz de disipar el resto de mis dudas, eso es todo.

—Cualquiera de los Grandes Hermanos le instruirá, gustoso, después de la hora de visita. Ahora, salga de aquí.

—De acuerdo, lamento haber sido tan curioso... Dígame, ¿qué edificio es éste?

—El de la administración.

—Ya veo...

—Ahora, regrese con los demás visitantes.

Simulé estar dispuesto a obedecerle, esforzándome por poner la cara más estúpida que se me ocurrió. El vino detrás de mí, pisándome los talones.

Pero no dio más de cinco pasos. Repentinamente, giré sobre mis talones como una peonza y mi puño derecho se le incrustó en el estómago con la fuerza de un martillo pilón. El hombre dejó escapar un corto lamento, me miró con ojos cargados de rencor y fue doblándose poco a poco, manteniendo las manos apretadas sobre el lugar machacado con amorosa solicitud.

Entonces le descargué un mazazo en la nuca, y dejó de preocuparse por lo que sucediera durante las próximas horas.

No obstante, le até y amordacé con tiras enrollada de su propia túnica, tras de lo cual me lo cargué a la espalda, trasladándolo hasta la primera puerta que encontré a mi paso. La abrí y dejé caer el tipo dentro de la pequeña oficina. Cerré con llave y me lancé escaleras arriba, con ánimo de registrar someramente los despachos de los directores de todo aquel tinglado.

Todo lo que pude sacar de mis desvelos fue el convencimiento de que sus asuntos eran más bien modestos. O tenían una habilidad endiablada para escamotear hechos tan notorios como la compra de propiedades, o existía en alguna parte un archivo secreto... o el gerente del hotel estaba totalmente equivocado y aquella fanática organización se dedicaba única y exclusivamente a los fines que se le suponían.

Perdí todavía más tiempo revisando unos archivos, pero los datos estaban en una clave que no comprendí, aunque tenían todo el aspecto de un fichero personal, en el cual los nombres hubieran sido sustituidos por sendos números.

Tras perder casi quince minutos más allí dentro, abandoné el

edificio sin haber despertado ninguna sospecha. Cuando encontrasen al fantasmón atado y amordazado como una momia egipcia, ya tendrían tiempo de cavilar qué podía buscar el violento visitante...

CAPÍTULO VIII

Entré en el *cabaret* a la misma hora que la noche anterior. A mi pesar, me invadía una extraña excitación ante la posibilidad de que la muchacha pusiera en mis manos algo que, para la camarilla de Merryland, fuera lo mismo que una bomba de tiempo.

Ella me había dicho que estaría esperándome en la misma mesa, pero cuando me acerqué al lugar, comprobé que estaba vacío. Quizá me había adelantado, o tal vez ella estuviese en alguna otra parte del oscuro local, por lo que decidí esperar. Llamé a un camarero, pedí un *whisky* y me instalé en la mesa.

Tuve tiempo sobrado de terminar con el *whisky* sin prisas, y Doris no apareció. Llamé nuevamente al mozo, le pedí otro trago y al mismo tiempo pregunté:

—¿Dónde está Doris esta noche?

Se encogió de hombros.

—No la he visto —dijo—. Quizá venga más tarde.

—Ayer me citó a esta hora.

—Habrá tenido otro compromiso, y no se acuerda ya de usted. Todas esas fulanas son iguales, ya sabe...

Se alejó, moviendo la cabeza de un lado a otro, *compadeciéndome* por mi credulidad.

Más yo sabía que no podía existir otro compromiso. Ella deseaba vengarse de los que habían convertido su vida en un infierno, y yo era su oportunidad. Algo importante debía retenerla lejos del lugar de nuestra cita.

El camarero vino con un nuevo *whisky*, cobró y se alejó, sin formular ni un comentario.

Empecé a impacientarme. Si por lo menos supiera dónde vivía la muchacha... pero no me atreví a preguntarlo, por temor a levantar

las suspicacias de los matones que seguramente controlaban el negocio.

Así que engullí el licor, encendí un cigarrillo y me concedí a mí mismo cinco minutos más de espera. Fueron quince los que aguardé con creciente nerviosismo, hasta que, convencido de que ella ya no acudiría a la cita, abandoné el *cabaret*, más preocupado de lo que quería confesarme a mí mismo.

Anduve lentamente por la acera, intentando pensar en una manera de averiguar el domicilio de Doris. No advertí los pasos a mi espalda hasta que el golpeteo de los tacones femeninos llegó casi a mi lado, tan abstraído iba. Entonces me detuve y la muchacha hizo lo mismo, a dos pasos de mí.

Era una rubia de cabellos lacios y ojos mortecinos. Estaba mirándome como si quisiera descubrir en mi cara ocultos presagios.

—Hola —dije—. Cualquiera creería que andaba usted siguiéndome.

—Le he visto en el *cabaret* —susurró.

—¿Y qué?

—Esperaba usted a alguien.

No fue una pregunta, sino la confirmación de un hecho.

—Es posible —dije—. ¿Por qué me has seguido?

—Tengo un encargo para un hombre.

—¿Para mí, concretamente?

—Tal vez... ¿A quién aguardabas?

Comprendí que era una prueba, algo para asegurarse de que yo era el individuo a quien realmente deseaba ver.

—A Doris... Anoche me citó para hoy.

—¿Cómo te llamas?

Me tuteaba, lo cual me hizo comprender que ya sabía a qué atenerse.

—David Curtis. Y ahora, ¿es para mí ese recado?

—Sí...

—Bien, te escucho. Presumo que ha sido Doris quien te lo ha dado.

—Así es, vivimos juntas, en habitaciones vecinas... Pero aquí hay demasiada luz. No deseo que nos vean juntos.

—Eso tiene fácil arreglo. Ven, sígueme.

Avancé hasta la entrada de un callejón, sumido en sombras. Allí

tomé por el brazo a la mujer y la acerqué a mí.

—Te escucho —murmuré.

—Doris quiere que vayas a verla a su cuarto... está asustada. ¿Qué es lo que ocurre, en realidad?

—Nada, que yo sepa. ¿Dónde está ese cuarto?

Tras un titubeo, susurró:

—Vivimos en el primer piso de una casa controlada... en el siete de Belmar. Ella dice que te presentes como si fueses un amigo suyo del *cabaret*.

—¿Cuándo te ha dicho todo esto?

—Esta tarde, antes que yo saliera. Aunque ya te lo indicarán allí, su habitación es el número cinco.

—Okey, me las arreglaré para verla. El número siete de Belmar, ¿eh?

Asintió con un gesto. Con voz apenas perceptible, indagó:

—¿Sabes tú por qué está asustada?

—No puedo decírtelo. Quizá ella me lo aclare cuando la vea. ¿Está muy lejos de aquí esa calle?

—No... tienes que andar tres manzanas al sur y doblar luego a la izquierda. La segunda que encuentres es Belmar.

—Es cuanto necesitaba saber. Buenas noches.

—Vete solo... yo me quedaré aquí un par de minutos para que nadie nos vea juntos...

La dejé allí, con sus precauciones y con su temor, mascullando maldiciones contra los bastardos capaces de infundir un estado de ánimo semejante a las desgraciadas que caían bajo su poder, despótico y brutal.

La calle Belmar era más bien un corto paseo, y el número siete estaba situado al final del mismo. Era una lujosa residencia con algunos años encima, extremo éste que delataba su recargada arquitectura. Había una luz en el porche y varias ventanas estaban iluminadas. Me acerqué a la entrada y llamé.

Una mujer obesa, de cara pintarrajeada como un sioux en pie de guerra apareció en el umbral, mirándome con unos ojillos astutos y fríos.

—Quiero ver a Doris —le espeté—. Me citó para esta noche...

—¿Le citó aquí?

—Pues le tomó el pelo. Ha salido.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero tuve tiempo de introducir el pie para evitarlo. A continuación, hice presión con el hombro y abrí de un empujón, apartando a un lado aquella montaña de grasa.

—Sea usted más hospitalaria, señora —dije, cerrando a mis espaldas—. Sé que ella está aquí. Me espera.

—¿Si sabré yo las muchachas que salen o entran? Doris no está en su habitación. Y ahora, márchese.

—Mire, sólo quiero hablar con ella unos minutos. Si Doris no quiere mi compañía, me largaré, pero si ella desea que me quede, nada ni nadie me sacará de aquí. ¿Entendido?

—Usted busca provocar un escándalo.

—No.

—Sí. ¡Tommy!

Su grito resonó igual que un clarín de llamada. Dos o tres muchachas asomaron la cabeza por una puerta, y me miraron, asombradas. Un hombre descendió las escaleras apresuradamente. La gorda volvió a gritar:

—¡Tommy!

—¡Estoy aquí! —exclamó el tipo—. ¿Qué pasa?

—¡Arroja esa basura a la calle! —le ordenó, señalándome.

El fulano me miró apreciativamente. Acabó de bajar la escalera y vino recto hacia mí.

—Vamos, amigo, lárguese. No nos gustan los jaleos...

—Sólo quiero ver a Doris. ¿Por qué se empeñan en buscar dificultades?

—Está bien, si lo prefiere así.

Saltó sobre mí con una agilidad de simio. Le recibí con un puntapié y salió rebotado, aullando amargamente.

Cuando se revolvió, tenía un cuchillo en la mano. Las dos o tres cabezas femeninas se convirtieron en media docena. La gorda chillaba, llena de excitación, animando a su paladín.

Tommy no necesitaba estímulos de ninguna clase. Sencillamente, estaba rojo de furor, y quizá por eso se lanzó al ataque, fiándolo todo a su arma.

Le esquivé y encaje un directo en su cara, que resonó de un modo sordo. Se revolvió y el maldito cuchillo pasó rozándome el cuello. Pude esquivarlo saltando hacia atrás, y él vino hacia mí con un brillo homicida en sus ojos diminutos.

Cuando inició el ataque, me tiré de lado con las piernas extendidas, de manera que le sujeté las suyas con una llave de judo, y el hombre cayó de espaldas sin poder hacer nada para evitarlo.

Levantándome de un brinco, le aplasté la mano armada, con todo mi peso. Sus huesos crujieron de manera terrible y Tommy aulló, golpeando el suelo frenéticamente con la mano izquierda.

Seguía aullando cuando libré sus dedos rotos del peso de mi corpachón. Entonces, inclinándome, lo agarré por el cinturón y el cuello de la camisa, levantándolo, y tras dar un par de vueltas sobre mí mismo para tomar impulso, lo arrojé con todas mis fuerzas.

Sonó un alarido espeluznante cuando se vio en el aire. Luego, fue a estrellarse contra un gigantesco ventanal y desapareció en el jardín, entre un estrépito impresionante de cristales pulverizados, desplomándose como una sonora cascada.

La gorda no acababa de creer lo que había visto. Jadeaba como si fuera ella quien acabase de realizar aquel esfuerzo. Las cabezas apelonadas en aquella puerta habían desaparecido.

Me acerqué al teléfono y arranqué el cable de un tirón. Luego dije:

—Voy a subir. Otro intento para detenerme, y le pegaré fuego a esta cueva, bruja.

Subí a las escaleras a saltos. La habitación de Doris estaba vacía, con las ropas de la cama revueltas y no demasiado limpias. Abrí el armario. En él colgaban un buen número de vestidos. Bajé otra vez. La gorda estaba asomada a la ventana, sollozando por el matoncete inconsciente que dormía sobre un lecho de agudos cristales.

La agarré por los cabellos, obligándola a volverse.

—¡Ya basta! —grité—. Quiero saber dónde está Doris o le destrozo el local, con usted dentro.

—¡Váyase! ¿No ve lo que ha hecho con el pobre Tommy? ¡Bestia salvaje...!

—Puedo hacer lo mismo con usted, si no habla... ¿Dónde está la chica, vieja bruja?

Le sacudí un par de cachetes. Su cabeza se bamboleó y sus ojos giraron en las órbitas. Luego gimió:

—Salió... esta tarde...

—¿Con quién?

—Sola...

—¡Miente! ¿Quiere que siga golpeándola?

—Con el señor Belling.

Apreté las mandíbulas.

—¿Está segura?

—Sí... ¡Váyase ya!

—¿Al decir Belling, se refiere al capitán?

—Naturalmente... él le ajustará las cuentas, hijo de perra... le denunciaré...

—Hágalo. Belling se alegrará de saber noticias mías.

Salté por la ventana, pasé junto al matón dormido y gané la calle sin más tropiezos. No obstante, un oscuro temor empezaba a invadirme.

Deambulé un rato sin rumbo fijo, sólo reflexionando. Luego, busqué un teléfono público y llamé a mi cliente.

Su voz sonó precavida esta vez.

—¿Desde dónde habla, muchacho? —preguntó.

—Estoy en una cabina.

—¿Alguien puede escucharle?

—No, si no está intervenido su teléfono.

—No lo está... ¿Ha visto los periódicos de esta noche, Curtis?

—No he tenido tiempo de leer la Prensa.

—Han sacado una edición extra, después de la normal...

—Y bien...

—La policía dice que usted asesinó a una chica llamada Edith Caswell, conocida por Doris en ciertos ambientes. La han encontrado en el portaequipajes de su coche.

Quedó helado. El auricular casi escapó de mis manos. No podía creerlo...

CAPÍTULO IX

—¿Sigue usted ahí, Curtis? —Gruñó, al cabo de un tiempo.

—Sí...

—¿No tiene nada que decir?

—No creerá usted que es cierta esa patraña...

—Estoy seguro de que se trata de una falsedad, pero es incuestionable que el cuerpo fue encontrado en su propio coche. Hay fotografías en la edición espacial...

—Así que ahora me buscan por asesinato... ¡Vaya jugarreta!

—¿Qué piensa hacer?

—Seguir adelante, por supuesto. ¿Qué me dice del coche deportivo?

—Está esperándole en el lugar que me indicó.

—Bueno, todavía no puedo utilizarlo. La muerte de esa pobre chica ha complicado las cosas...

—¿Ha conseguido usted la prueba de que me habló?

—No. Era Edith Caswell quien debía proporcionármela.

—¡Dios santo! Ahora comprendo...

—Por eso no me han hostilizado en el *cabaret*. Esperaban que la noticia de mi supuesto crimen fuera lo bastante pública y difundida para que mi captura fuese más espectacular. Bien, todavía puedo darles bastante trabajo...

—Tendrá usted que apresurarse, amigo... Acabo de saber que el alcalde Laughlin va a presentarse en las elecciones para gobernador del Estado.

—Ya veo...

—Mañana será anunciado públicamente.

—Quizá su campaña electoral sufra algunos reveses espectaculares. Y ahora, voy a pedirle que se arriesgue usted un

poco más. ¿Puede llevarme a la capital?

—¿Yo? Por supuesto que no.

—Mire, necesito estar allí por la mañana.

—Tiene el coche deportivo preparado. ¿Por qué no lo utiliza?

—Ese cacharro está destinado para otra clase de viaje. He de salir de la ciudad, y las carreteras estarán vigiladas después de esa historia del asesinato. Sólo podré pasar si me oculto en el coche de alguien lo bastante conocido para que no lo registren.

—Bueno, yo...

—¿Sí o no?

—Pero ¿por qué demonios quiere ir a la capital del Estado?

—He de echar un vistazo a los registros generales de la propiedad. Y eso sólo puedo hacerlo personalmente, porque yo sé lo que busco.

—Comprendo... Quiere saber cuántas propiedades han adquirido los del *Paraíso* desde su fundación, ¿no eso?

—En parte, sí.

—Me obliga a arriesgar mi negocio... todo cuanto tengo...

—Usted quiere limpiar la administración de la ciudad. ¿O no?

—Está bien, le meteré en el portaequipajes... y rece para que no se les ocurra registrarlo.

—No lo harán, cuando le identifiquen a usted.

—Pero si lo hacen, los dos estaremos perdidos. ¿Se da cuenta de eso?

—Me doy perfecta cuenta. ¿Dónde podemos encontramos?

—Tengo el auto en el callejón trasero... Trate de llegar a él por sus propios medios. Creo que no hay vigilancia atrás.

—Muy bien... lo intentaré.

—El coche es de color crema, nuevo.

Colgué, y veinte minutos más tarde estaba agazapado en la oscuridad del callejón, cerca del rutilante nuevo modelo del gerente del hotel.

Cuando el hombre apareció, lo hizo adoptando precauciones de conspirador barato. Estuvo a punto de gritar cuando aparecí a su lado, en silencio.

—¡Diablos, Curtis! —jadeó—. Otro susto, y me convierto en cardíaco... Vamos, instálese ahí dentro.

Me acurruqué dentro del portaequipajes, que él cerró con llave.

Instantes después, nos pusimos en marcha.

La postura que me veía forzado a adoptar era sumamente incómoda, pero estaba dispuesto a soportarlo todo, con tal de salirme con la mía, así que resistí impertérrito los baches, el dolor de costillas, el miedo, cuando la policía detuvo el auto, y el calor apestoso que se hacía irrespirable dentro de semejante ratonera.

Afortunadamente, al cabo de media hora de marcha noté que el auto reducía la velocidad, hasta detenerse al fin con un suave balanceo. Instantes después, la llave giró en la cerradura y Learoyd dijo:

—Puede salir de aquí, muchacho. Viajará mejor en el asiento. Ahora ya hemos salido de la jurisdicción de la policía de Merryland...

El resto del trayecto resultó aburrido y sin riesgos, de manera que aproveché para dormir durante casi todo el recorrido. Amanecía cuando desperté, viendo que entrábamos en la capital, por unas calles desiertas de circulación.

—Será mejor que tomemos algo para entonarnos antes de hacer nada, ¿no le parece? —sugirió Learoyd.

—Es Una idea excelente. De todas maneras, es demasiado temprano para visitar el registro.

Desayunamos en un bar. Mientras estábamos allí, un muchacho trajo el periódico de la mañana. En la primera página habían insertado la noticia del crimen cometido en Merryland. Mi nombre aparecía en grandes letras negras debajo del encabezamiento.

—No pierden el tiempo —mascullé.

—Deberemos darnos prisa, Curtis. Si alguien le reconoce...

—No es probable. Además, no voy a exhibirme como un bicho raro, usted sabe. Todo lo que quiero, es revisar los registros. Luego podremos volver a Merryland.

Se encogió de hombros resignadamente. Entonces, añadió:

—Y para evitarle dificultades, usted me esperará en el auto. Yo haré los trámites por mi cuenta... y así, si alguien me reconoce, no podrán relacionarme con usted. ¿Alguna objeción?

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No —murmuró—. Le confieso que no soy ningún héroe...

—Tampoco le pagan para que lo sea, pero a mí, sí. Termine con el desayuno, creo que ya podemos intentarlo.

El edificio de la alcaldía era donde estaban instalados los archivos generales del Estado. Learoyd se quedó en el coche, mientras yo me internaba por aquella Babel de excitados empleados y visitantes. Pese a lo temprano de la hora, ya habían empezado las prisas.

Me llevó más de una hora revisar los registros que me interesaban. Fue una tarea aburrida y agotadora, pero me sentí plenamente satisfecho al terminar, por cuanto mi registro en las oficinas del *Paraíso* a pesar de su casi nulo resultado, adquiría súbita luz al encajar lo que allí obtuviera con lo que acababa de leer.

Así que cuando regresé al coche, Learoyd me miró, extrañado de mi euforia.

—Ya podemos volver —le indiqué—. Usted me avisará cuando deba volver al portaequipajes.

—¿Ha conseguido algo en los registros?

—Más de lo que imaginaba, aunque aparentemente no sea mucho. A propósito, Learoyd; ¿ha oído usted hablar alguna vez de Benjamín Rourke? O Ben Rourke, como se le conocía.

—Nunca, que yo recuerde. ¿Quién es?

—Bueno, puedo estar equivocado, pero, si mis *recuerdos* no fallan, Rourke es uno de los más grandes, peligrosos y hábiles estafadores que han existido nunca. Desapareció hace tiempo...

—¿Qué tiene que ver ese hombre con nuestro asunto?

—Mucho... Me pregunto cuál será, de toda esa camarilla...

—¿Insinúa que uno de los que gobiernan Merryland es un estafador profesional?

—¿De qué se asombra? Todos ellos son más o menos estafadores, únicamente hay que discernir quién es profesional y quién aficionado —dije, riendo—. Pero hay algo que me preocupa, respecto a Rourke... A diferencia de sus otros colegas, que huyen de la violencia como buenos estafadores con cerebro, Rourke es violento y cruel, brutal en algunos casos. Creo que...

—¿Qué iba a decir?

—Deténgase en el primer lugar donde encontremos un teléfono. Hablaré con algunos amigos de Tampa para que me remitan una fotografía de Rourke. Diré que dirijan el sobre a nombre de usted, al hotel. ¿Conforme?

—Muy bien...

—Con un poco de suerte, esta noche o mañana podemos tenerlo. Será el primer paso para desenmascarar a nuestros distinguidos ciudadanos.

—Pero ¿por qué se le ha ocurrido de repente el nombre de ese Rourke, Curtis?

—Porque, lo crea usted o no, todas esas propiedades adquiridas en los últimos tiempos en Merryland, no están inscritas a nombre del *Paraíso* ni de sus *Grandes Hermanos*. Más de la mitad de Merryland, señor Learoyd, pertenece a Richard Laughlin y a Ben Rourke conjuntamente.

Esa afirmación le sentó igual que un puñetazo en la barriga. Se quedó con la boca abierta y casi perdió el control del auto.

—De modo que es eso —susurró con los dientes apretados.

—A mi modo de ver, el alcalde y Rourke han organizado una bien orquestada campaña para que todo el mundo crea que quien está cubriéndose de oro es el *Paraíso*. Así las antipatías de la comunidad local se dirigen hacia esos estúpidos fanáticos, mientras él y su socio están adquiriendo un poder realmente efectivo sobre la ciudad, ayudados por los granujas que cobran sus buenas comisiones a finales de mes. Todo esto no ofrece dudas.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser Rourke?

—Nunca he visto su cara, naturalmente; pero sabiendo lo que sé de él, podría ser el capitán Belling... También éste tiene rasgos de retorcida crueldad...

—Casi no puedo creerlo... sería demasiada suerte para nosotros poder demostrarlo...

—Hemos de esperar la fotografía... Mire, ahí creo que encontraremos un teléfono...

Maniobró para estacionar el auto en el aparcamiento del restaurante establecido a un lado de la ruta. Antes de abandonar el vehículo, todavía me preguntó:

—¿Qué piensa hacer usted si acierta en su sospecha y Belling es Rourke?

—Bueno... creo que le diré algunas verdades sin testigos, aparte de preguntarle por qué asesinó a Edith, naturalmente.

—¿El?

—Seguro. La muchacha salió de la casa donde vivía en compañía

de Belling. Ya nadie volvió a verla viva.

Salté del coche, dejándole tan estupefacto que no acertó a replicar ni una palabra.

Minutos más tarde, conseguía mi comunicación con Tampa...

CAPÍTULO X

Como escondrijo, el apartamento privado de *Learoyd* era seguro, pero sumamente aburrido. En el vestíbulo del hotel continuaban esperándome, sólo que ya habían retirado mi equipaje de la vista del público. Los bien amaestrados periódicos locales seguían aventando los sórdidos detalles de «mi crimen», presentándose como una especie de monstruo sádico, pervertí de y sanguinario.

—Es una buena biografía la que le están endosando —refunfuñó *Learoyd*, arrojando los diarios a un lado.

—No importa mucho. Tendrán que tragársela, dentro de poco. Les servirá de vomitivo.

—Posee usted una confianza en sí mismo que asombra, Curtis. Está acorralado, buscado con la mayor saña por una policía dispuesta a matarle, si se resiste... y habla como si fuera usted el dueño de la situación.

—Lo seré dentro de poco... ¿Ha leído ese comentario breve sobre el *Paraíso*?

—Por supuesto. Hoy es el día que el *Gran Maracott* se aparece a los nuevos iniciados... para acabar de convencerles que deben entregarse al *Paraíso* con bienes y bagajes.

—Ése es un espectáculo que lamento perderme...

—No podría usted verlo, de todas maneras. Sólo los que han decidido quedarse en el *Paraíso* pueden gozar de semejante felicidad.

El sarcasmo de su voz no consiguió borrar del todo el tono iracundo que envolvía sus palabras.

Cambiando de tema, mascullé:

—Jamás se me había antojado un día tan largo como éste...

—Cálmese. Debe hacerse a la idea de que si asoma a la calle

durante el día, le cazarán. Sólo de noche tiene una oportunidad de pasar desapercibido.

—¿Cree que no lo sé? Pero hay tanto por hacer...

No obstante, no me quedó más solución que resignarme y esperar. Afortunadamente, Learoyd estaba provisto de una buena proporción de *whisky* de calidad, y eso me ayudó a matar las largas horas.

Desde la ventana, contemplé el melancólico atardecer, las primeras sombras de la noche y el estallido de luces que salpicó la ciudad repentinamente. Detrás de mí, Learoyd murmuró:

—Bien, ha llegado la hora de que se ponga en movimiento, Curtis. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Voy a necesitarla. Quizá no pueda volver aquí, pero, si escapo de la ciudad, las siguientes noticias mías que recibirá serán por la intervención de la policía del Estado porque ya habré hablado con el gobernador; de manera que no se impaciente.

—Temo que las próximas horas van a resultarme un tanto enervantes.

Me encaminé a la puerta, tras asegurarme que la carga de mi «38» estaba completa y en condiciones.

En aquel instante alguien llamó a la puerta con los nudillos y me detuve en seco.

Con un gesto de precaución, el dueño del apartamento se dirigió a la entrada, mientras yo me apartaba a un lado.

Escuché un rumor de voces. Luego, la puerta volvió a cerrarse y mi cliente regresó con un sobre en la mano.

—De Tampa —murmuró—. Quizá sea el que estamos esperando. Ha llegado con el correo especial nocturno...

—Veámoslo.

Lo abrió, y extrajo una fotografía y una nota. La foto era la de un tipo ascético, de mirada cruel y frente despejada. Al dorso, alguien había escrito a máquina:

BENJAMIN (BEN) ROURKE.

Mi cabeza empezó a girar a la vista de aquel rostro inquietante. Luego, leí la nota que acompañaba a la fotografía. Indicaba que se suponía que Rourke había muerto, por cuanto hacía años que no se

oía hablar de él ni de sus fechorías. Sin embargo, mi amigo, el ayudante del fiscal del Estado, me recomendaba que, si descubría cualquier pista del hombre, se lo notificase inmediatamente, por cuanto había varios cargos, de homicidio para abajo, pendiendo sobre la cabeza de Rourke.

—¿Y bien? —masculló Learoyd.

—Mire esa foto. ¿Le recuerda a alguien?

La contempló con el ceño fruncido. Pude ver, por su perplejidad, que era la primera vez que contemplaba aquella cara.

—Nunca he visto a ese hombre —masculló—. Esta vez se ha equivocado usted, Curtis; no es el capitán Belling.

—Desde luego que no... ¿Está absolutamente seguro de no haber visto jamás a ese hombre?

—Sin la menor duda, ésta es la primera.

Esbocé una sonrisa.

—Yo sí lo he visto, aquí, en Merryland...

Pegó un respingo. Reanudé mi marcha hacia la puerta y él me atajó antes que pudiera abrirla:

—Un instante tan sólo, Curtis... ¿Dónde ha visto a ese individuo?

—¿Para qué quiere saberlo? No pretenderá ir a comprobar si lo que digo es cierto...

—No dudo de sus palabras, sólo que estoy sobre ascuas, ¿comprende?

—*En el Paraíso.*

Abrí la puerta y salí, descendiendo por la escalera de servicio hasta el callejón posterior del edificio.

Anduve un par de manzanas sin descubrir nada alarmante a mis espaldas. Entonces llamé a un taxi y me hice conducir a las inmediaciones de la residencia del alcalde.

Esperé que el coche se hubiera alejado antes de saltar el muro, esta vez con muchas más precauciones que la primera, por cuanto era presumible que, después de mi anterior asalto, hubieran redoblado la vigilancia.

Yo también me moví más precavidamente, con el revólver en la mano. Avancé pisando con cuidado para evitar posibles cables de alarma, pero no tropecé con ninguno. Todavía debían confiar en los guardianes.

Hube de agazaparme a mitad de camino porque dos de ellos aparecieron a pocos pasos de distancia. Se perdieron en la parte delantera del edificio.

Calculé que tenía unos minutos de respiro antes no volvieran a aparecer, de manera que corrí como un gamo hasta el pie de un ventanal iluminado. En el interior sólo había un hombre sentado detrás de una gran mesa escritorio, cubierta de papeles y legajos de documentos.

No me cupo duda de que se trataba del alcalde en persona. Era un tipo distinguido, con cabellos grises salpicando su abundante pelambrera. Unas cejas erizadas le daban un aspecto maquiavélico. Vestía con suma elegancia, incluso en aquellos momentos en que estaba solo.

Aguardé unos segundos, sin decidirme a actuar. Se me presentaba la ocasión de ajustarle las cuentas al bastardo número uno, el cual podía conducirme hasta los demás, si lograba acorralarlo lo suficiente. Luego pensé en Valery, y lo dejé correr. Era preferible que fuesen otros quienes le dieran su merecido al ambicioso.

Seguí rodeando el edificio hasta el porche trasero, que ya conocía. Esta vez, la puerta estaba cerrada y no había ningún guardián a la vista. Comprendí que habían decidido patrullar continuamente, de manera que aguardé agazapado a que apareciesen los de turno, y no tardaron ni cinco minutos en hacerlo. Pasaron sin prisas, en silencio, como dos sombras. Pero imaginé lo que me harían si lograban descubrirme, y se erizó el pelo.

Cuando se hubieron perdido de vista, corrí hacia la puerta. Resultó un juego de niños violentar la cerradura, de manera que en pocos minutos estuve arriba, en el pasillo que recorriera la otra vez.

Sólo que en esta ocasión había un guardián sentado en una silla, a un lado de la puerta de Valery.

Sólo dudé un segundo. No podía perder tiempo, si quería sacar a la muchacha de aquella ratonera. De un salto, me planté en medio del pasillo con el revólver en la mano. El hombre levantó la cabeza, me vio, abrió la boca, y su mano voló hacia su axila.

—¡Toca esa pistola y te mato sin vacilaciones, bastardo! —Le advertí, sin levantar mucho la voz.

Avancé hacia él. Su mano se había inmovilizado. Luego, al

verme con más claridad, la sacó poco a poco, vacía.

—¿Cómo ha entrado aquí? —balbuceó, estupefacto.

—Volando. Bueno, levántate...

LO hizo, tenso como un cable, esperando una oportunidad, un descuido por mi parte para matarme sin titubear.

Yo no estaba dispuesto a darle oportunidades.

—Vuélvete de espaldas y apoya las manos en la pared... separado de ella dos pasos.

—¿Cree que saldrá vivo de aquí?

—Por lo menos, ésa es mi idea. Quien morirá en el acto serás tú, como des la menor señal de alarma...

Obedeció y quedó de espaldas a mí, convencido de que iba a desarmarlo. En lugar de eso, le aticé un culatazo con el revólver, que resonó como una bomba. Pegó de cara contra la pared y luego cayó de bruces, sin un lamento siquiera.

Inclinándome, le registré los bolsillos. Encontré la llave de la puerta y una automática europea de feo aspecto.

Abrí la puerta y pude contemplar un sugestivo panorama de Valery envuelta en una *negligé* azulada, que semejava un jirón de niebla. Estaba tendida en la cama con un libro en las manos, y estuvo a punto de gritar al verme.

—¡Silencio, pequeña! —susurré.

Entré, arrastrando al desvanecido pistolero. La muchacha susurró:

—¿Va a sacarme de aquí?

—Ésa es la idea general —mascullé, amordazando al tipo—. Pero la otra vez que estuve aquí me tratabas con más confianza.

Pareció salir de su asombro con dificultad. Saltó del lecho y corrió hacia mí con los ojos brillándole de excitación.

—¡Oh, David, he pensado tanto en ti últimamente! Eras mi única esperanza... y cada hora que pasaba tenía más miedo. Me dijeron cosas horribles de ti...

—¿Respecto a que había matado a una muchacha?

—Sí.

—Ellos la asesinaron. La pobre Edith iba a proporcionarme pruebas concretas contra la camarilla que desvalija la ciudad... pero no le dieron tiempo a hacerlo.

Mientras hablaba, había atado al pistolero con su propio

cinturón. Lo dejé a un lado, hecho un fardo y me encaré con la turbadora belleza de Valery.

—Verte así, linda, es un espectáculo reconfortante, pero debes vestirme a toda prisa, si quieres acompañarme. Tenemos que andar un trecho, y esa indumentaria no es la más adecuada para el alpinismo.

Titubeó.

—Está bien, pero no mires —murmuró.

Me volví de espaldas a ella, impaciente. Oí como abría un armario y luego el roce de sedas. Podía escuchar su respiración acelerada detrás de mí. Dirigí una mirada al pistolero y observé que comenzaba a recobrar el sentido. Sus ojos giraban en todas direcciones, todavía aturdido.

Como no me gustó la idea de que él pudiera ver lo que a mí me estaba vedado, avancé dos pasos y le descargué un golpe demoledor en la nuca. Su cara pareció querer romper las baldosas y de nuevo quedó inmóvil.

La muchacha susurró:

—Ya estoy lista, David...

Se había enfundado en un vestido sin mangas, de vivos colores, cuya hechura la hacía aparecer todavía más infantil a mis ojos. Era un encanto de chiquilla, peligrosa como un revólver cargado en manos de un niño.

—¿Estás segura de que quieres huir? —indagué.

—¡Oh, sí! Lo he intentado varias veces.

—Recuerda que hicimos un trato.

—Haré lo que tú me digas. Me he convencido de que papá no merece mi cariño... ¿Sabes que quiere presentarse para gobernador del Estado?

—Sí.

—Si triunfa, va a llevar a la capital la misma camarilla que le secunda aquí... Quiere imponer la tiranía de Merryland al resto del Estado...

—Es un plan ambicioso... Bien, larguémonos de una vez.

Descendimos las escaleras, en silencio. La llevó hacia la cocina para salir por el porche. Casi pegada a mi oído, susurró:

—Ten cuidado, David... los guardianes tienen órdenes de matarte...

—¿Quién dio esa orden?

Tras un titubeo, confesó:

—Papá... y el capitán Belling.

—Ya veo...

Salimos al exterior. No vimos ni rastro de los vigilantes, y echamos a correr hacia el punto de la verja por donde yo había entrado.

Fue cuando llegamos a ella, que una voz gruñó:

—¿Por qué tantas prisas, si no van a ir a ninguna parte?

Me volví. Uno de los pistoleros nos apuntaba con un revólver del «45».

CAPÍTULO XI

Estaba riéndose. Una hilera de dientes amarillos resaltaban entre sus delgados labios.

—De manera que lo ha intentado —comentó—. Va a ser divertido.

Sacó un silbato del bolsillo, dispuesto a llamar a los demás.

Yo dije:

—Es mejor que aguardes un instante...

—¿Por qué?

Empujé a Valery hasta colocarla a un lado. Cuando dejé de empujarla, mi mano saltó en busca del revólver, mientras me arrojaba hacia el lado contrario al de la muchacha.

El «45» emitió su ronco bramido cuando yo estaba rodando por el suelo. No tuvo ocasión de probar suerte otra vez, porque disparé y su cara dejó de ser humana para convertirse en un amasijo sanguinolento.

Dio un salto atrás, giró en el aire y cayó a un lado. Valery gritó, horrorizada, pero no tenía tiempo de calmarla entonces, de manera que la sujeté por la cintura, elevándola rápidamente.

—¡Agárrate al borde del muro, a las lanzas de hierro! Luego te subiré... no podemos perder ni un segundo.

—¡Vendrán los demás! —sollozó.

—Bueno...

Logré que llegase arriba antes que los pasos de gente que corría en nuestra dirección me obligasen a ocuparme de ellos en primer lugar.

Eran tres los que llegaban. Mi primera bala los detuvo en seco, aunque no acerté a ninguno. Luego, ellos abrieron fuego como demonios, y yo me dejé caer de bruces. Seguí disparando desde el

césped, mientras los proyectiles de gran calibre zumbaban sobre mi cabeza.

Recordé que llevaba en el bolsillo la automática del otro matarife, de manera que la empuñé y comencé a hacer fuego con las dos. Pude ver cómo uno de ellos rodaba sobre sí mismo, al recibir los impactos. Los otros dos trataron de buscar un refugio, pero los cacé en plena carrera. Uno comenzó a chillar como una rata cuando la bala le penetró en alguna parte. El otro dio un salto de carnero. Estaba volando cuando le cacé nuevamente con la automática y se desplomó al suelo, ya muerto.

El aullador pistolero todavía me dirigió un balazo alocadamente, mientras se revolcaba de dolor. Lo dejé inmóvil con una nueva andanada y entonces se hizo un silencio espeluznante.

Sobre mí, Valery sollozaba, todavía agarrada instintivamente a los hierros de la reja.

Me icé hasta arriba, a su lado. Luego me puse de pie sobre el muro y, sujetándola por las muñecas, acabé de subirla.

—¡Oh, David...!

Se abrazó a mí, sollozando histéricamente. No podíamos perder ni un segundo, de manera que la pasé por encima de las puntiagudas puntas, diciéndole con calma:

—Ahora sujétate bien y deslízate hacia abajo. Yo saltaré y te recogeré, ¿entendido?

—¡No lo conseguiremos, David...!

—¡Silencio!

Pasé por encima de las lanzas. En aquel instante, una voz recia gritó en la oscuridad del jardín:

—¡Valery!

—Es papá...

—Olvidalo. ¿Quedan más pistoleros?

—Creo que no...

—El no se atreverá a disparar, por temor a herirte a ti; pero debemos darnos prisa.

En eso me equivoqué. Un arma de gran calibre retumbó en el silencio, y el pesado proyectil se estrelló contra las lanzas metálicas, alejándose con un chirriante aullido.

—¡Maldito sea! —exclamé, dejándome caer al suelo.

—¡Está disparando! —gimió la muchacha.

—¡Valery, vuelve!

Tras la voz, un segundo de silencio. Luego, su arma entró de nuevo en acción, y las balas pasaron rozando el muro.

—¡Salta, Valery, salta! —grité.

Se dejó caer, completamente enloquecida. La tomé en brazos, y echamos a correr colina arriba. En todas las casas de la vecindad, estaban encendiéndose luces.

—¡David, ha disparado contra mí...! —sollozó.

—El no sabía si era yo quien estaba sobre el muro.

—Debía ver mi vestido de colorines...

—En la oscuridad, no se distinguen los colores. De todos modos, no pienses en eso ahora. Necesito que me guíes.

—¿Hacia dónde? —jadeó, sin dejar de correr.

—La carretera donde te encontré... la del sur. Lo tengo todo dispuesto para escapar.

Pero no iba a ser tan fácil como suponía. Había menospreciado al capitán Belling y sus medios, por cuanto, al llegar a la vista de la carretera desde un altozano, escuchamos el seco ladrido de los perros.

—¡Van a rodearnos! —sollozó Valery.

—Esto va a ser más complicado de lo que imaginaba, pero no nos cazarán tan fácilmente. ¿Estás dispuesta a seguir adelante?

—Sólo sé que no quiero volver a casa, por nada del mundo. David... prefiero que me maten.

—Nadie te hará daño, mientras yo esté a tu lado.

Volvamos atrás...

No tardé ni diez minutos en advertir la maniobra envolvente que estaban realizando. Debían valerse de radios portátiles, y el alcalde debía haber dado la alarma, segundos después de disparar...

—Ha intentado matarme —susurró la muchacha, mientras corría junto a mí.

—Trataba de acertarme a mí, debes pensar eso, nena. Además, ya poco importa ahora. El pagará por el mal que ha hecho. Después de esta noche, nada volverá a ser como antes.

—¿Por qué?

—Porque su ambición le ha perdido. Y cierra tu linda boquita o te quedarás sin aliento antes de tiempo.

De repente, nos encontramos ante una cerca de espino que se

perdía en la distancia.

—¿Qué demonios es eso? —mascullé.

—*El Paraíso...*

—¡Atiza, ya lo tengo!

La alcé en brazos, pasándola por encima de los alambres. Tras ella, salté yo, y seguimos corriendo entre la lujuriente vegetación.

Los ladridos de los perros resonaban en todas direcciones, de manera que sólo nos quedaba una esperanza.

El templo, o mausoleo...

Apareció ante nuestros ojos, oscuro, lóbrego y gigantesco.

—Es posible que haya guardianes también aquí —dije—, pero si es así todos mis cálculos resultarán equivocados...

—¿Qué cálculos?

—Una ventana... es cuanto necesitamos.

La primera que encontramos estaba cubierta por una cristalera de vivos colores, aunque a la luz de la luna aparecía opaca y oscura. Empuñé el revólver y golpeé uno de los cristales. Saltó con un ruido seco. Seguí rompiendo los demás y al fin hubo un boquete suficiente por el cual colarnos al interior.

—¿Qué esperas encontrar aquí, David? —balbuceó la muchacha—. Tengo miedo.

—Cállate ahora.

Saltamos dentro. Todo era una masa de oscuridad. El silencio era opresivo, absoluto. Nuestros pasos al deslizarse por encima del mármol resonaban casi ensordecedoramente.

Empuñé la automática, y con la mano izquierda sujeté a Valery contra mí. Avancé en la dirección que recordaba haber visto el mausoleo donde descansaba el *Gran Maracott*, y al final del recorrido casi tropezamos con la mole de piedra labrada.

—Ahora quieta, pequeña... y no hables.

Encendí una cerilla y contemplé el interior. El largo y delgado cuerpo descansaba en la misma posición en que lo viera la primera vez, sólo que ahora tenía los ojos cerrados. Todo lo demás estaba igual, incluso la piel amarillenta.

Valery miró por encima de mi hombro, y no pudo contener un castañeteo de sus dientes.

—¡Por favor, David, salgamos de aquí! —suplicó.

Entonces, en alguna parte, se encendió una luz pálida, semejante

a un resplandor. Y una voz profunda se elevó con extrañas resonancias, dentro de la gran bóveda:

—¿Quién se atreve a turbar la paz del mausoleo?

Giré sobre mis talones. Una serpiente helada se deslizó a lo largo de mi espina dorsal y quedé paralizado de estupor. A mi lado, Valery comenzó a chillar como una loca.

Porque, de pie, envuelto en aquel resplandor, estaba el *Gran Maracott*, erguido en toda su estatura, los brazos cruzados sobre el pecho, mirándonos con unos ojos de fuego.

—Habéis entrado para profanar mi descanso —nos espetó, apenas sin mover los labios.

Recobré la facultad de hablar. Miré dentro del sarcófago. El cuerpo seguía allí dentro, inmóvil, con los ojos cerrados.

Valery se apretó contra mí. Traté de serenarla con el fuerte contacto de mi mano.

Entonces dije, con una voz todavía alterada por la impresión:

—Reconozco que es un buen truco, compañero. Los papanatas que vienen aquí, deben caer de espaldas ante semejante aparición de un muerto...

—¿Qué insensateces estás diciendo, hombre descreído?

—Ya basta, Rourke.

La mención de ese nombre desmoronó su augusta calma. Me eché a reír.

—Comprendo que estés sorprendido, Rourke, pero la comedia ha terminado. Vas a venir conmigo o te agujerearé las tripas aquí mismo, sólo para comprobar si eres capaz de resucitar por segunda vez. Además, nos servirás de palanca para escapar...

—No saldrás vivo de aquí... Te harán pedazos antes de que lo consigas.

—Tal vez... pero antes de veinticuatro horas, los investigadores federales estarán aquí, y nadie conseguirá detenerlos. Ya me gustará ver cómo justificas ante los miles de estúpidos que has embaucado que en tu sarcófago hay un muñeco de cera en lugar de un cuerpo conservado por arte de birlibirloque...

—¡Maldito seas!

Avanzó, ciego de furor. De alguna parte de su túnica flotante extrajo un largo estilete, y no se detuvo ni cuando blandí la pistola.

—¡No destruirás mi trabajo de tantos años... cuando estaba a

punto de darle cima...!

—¡Detente, Rourke, o disparo!

No se detuvo. Pero yo no quería matarlo. Necesitaba su testimonio. En consecuencia, le metí un plomo en la clavícula. Cayó de rodillas, mientras todo el templo parecía venirse abajo con el estruendo.

Desde el suelo, me miró de manera asesina. Luchó por incorporarse y lo consiguió, enarbolando el cuchillo con la izquierda, ciego para todo lo que no fuera acabar conmigo.

—Te lo has buscado, compañero...

Disparé una vez más, y el cuchillo voló de su mano, en compañía de casi todos los dedos. Un tercer balazo se incrustó un poco más arriba del codo y eso fue suficiente, incluso para un sádico cruel y medio loco como él.

—Ahora quizá entres en razón —le espeté—. Abrirás la puerta y nos sacarás del *Paraíso* por la ruta más segura que exista. Me quedan muchas más balas con que convertirme en un colador, sin matarte.

No lo pensó mucho. Como todos los sádicos, era un cobarde ante el dolor propio. Echó a andar, tambaleándose dentro de su túnica.

Veinte minutos más tarde, recorríamos un oculto sendero, mientras los ladridos de los perros quedaban paulatinamente atrás.

EPÍLOGO

Bannister, el ayudante del Fiscal del Estado, me contempló con el ceño fruncido.

—Comprendo que te vieras en aprietos, David —gruñó—. Pero según mis informes, dejaste una estela de cadáveres detrás de ti.

—¿Hubieras preferido que quedase «sólo» mi cadáver en el camino?

—Está bien, si lo planteas en estos términos. No van a procesarte porque Rourke ha firmado una declaración confesando todo el entramado de la gigantesca confabulación planeada por él y el alcalde Laughlin. Rourke estudió el asunto del *Paraíso* durante años, luego lo puso en práctica en un lugar ideal... con la complicidad de las fuerzas vivas, ya corrompidas, como las de Merryland... Ahora dime: Aparte de una muchacha como un sueño, ¿qué demonios has sacado de esto?

—Cinco mil dólares y algunas minucias más.

Enarcó las cejas.

—De modo que alguien te contrató...

—Seguro. Yo no trabajo gratis. Pero no habría intervenido jamás, si la policía de Merryland hubiera sido medianamente correcta. Pero me sacudieron a traición... y decidí que la cosa no podía quedar así.

Se echó a reír.

—No creo que llegues a viejo, muchacho...

—Por eso aprovecho todos los instantes que la vida me ofrece... Y ahora está reclamándome a grandes voces.

—¿Quién?

—La vida, por supuesto.

—Comprendo... ¿Has firmado tus declaraciones?

—Por quintuplicado o algo así.

—Cosas de nuestra burocracia. Lárgate, David, y cuídala.

—¿A quién?

—A la vida, por supuesto —me remedió, burlón.

—Ya veo...

Abrí la puerta. Fuera, en la pequeña salita de espera, la vida me aguardaba con ojos relucientes de excitación, y su expresión aniñada más acentuada que nunca.

—Mírala, Ban —musité—. Mi vida...

—Ya suponía que te referías a ella.

Salí y cerré la puerta. No era correcto que el ayudante del Fiscal del Estado contemplase un interminable abrazo, y el beso profundo que estalló en su sala de espera... como si no fuera a terminarse nunca...

No obstante, sólo era un corto anticipo, porque yo sabía que, después del beso, en otro lugar, nuestro paraíso abriría sus puertas para nosotros dos, sin fantoches, sin sombras ni temores.

Limpio y resplandeciente.

Igual que el amor.

Y que el beso inacabable.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.